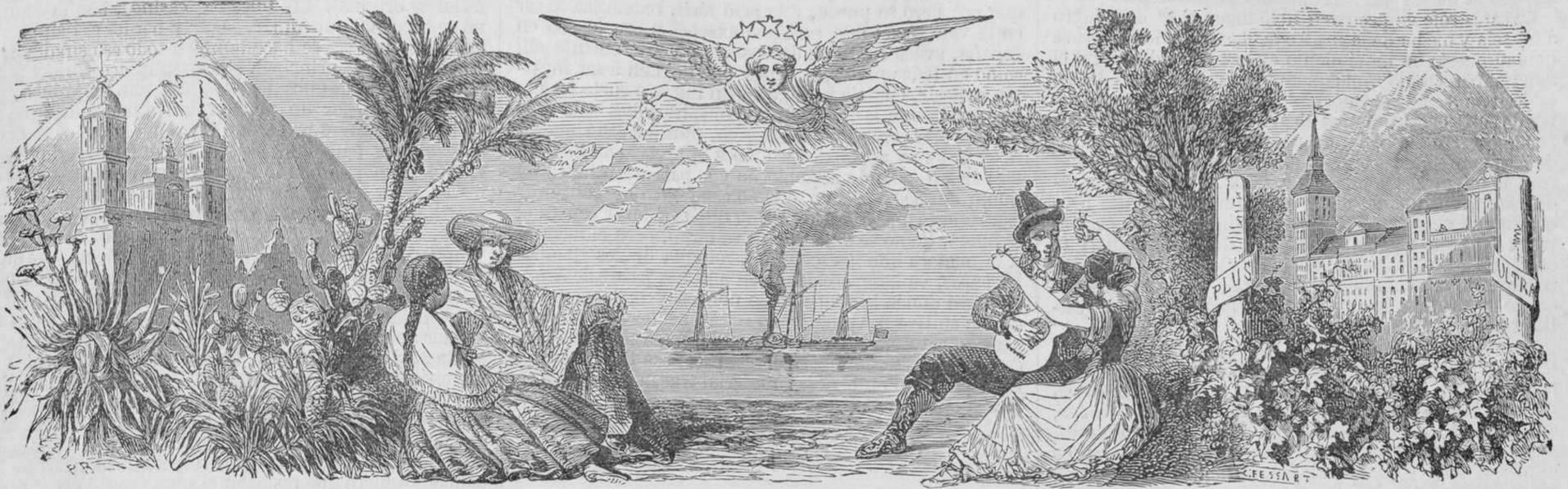


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N° 425.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

Las inundaciones de Holanda; grabado. — Impresiones y recuerdos. — La enamorada. — El mariscal Bosquet; grabado. — Naufragio de la Reina Mathilde; grabado. — Bailado en casa del conde Walewski; grabado. — Revista de Paris. — Una historia inglesa. — El gran teatro de Moscou; grabados. — Los aventureros. — Servicio de correos en los ferro-carriles; grabados. — La playa de la dama maldita. — Alfilerazos. — Una leccion. — Revista de la moda. — El mes de marzo; grabado.

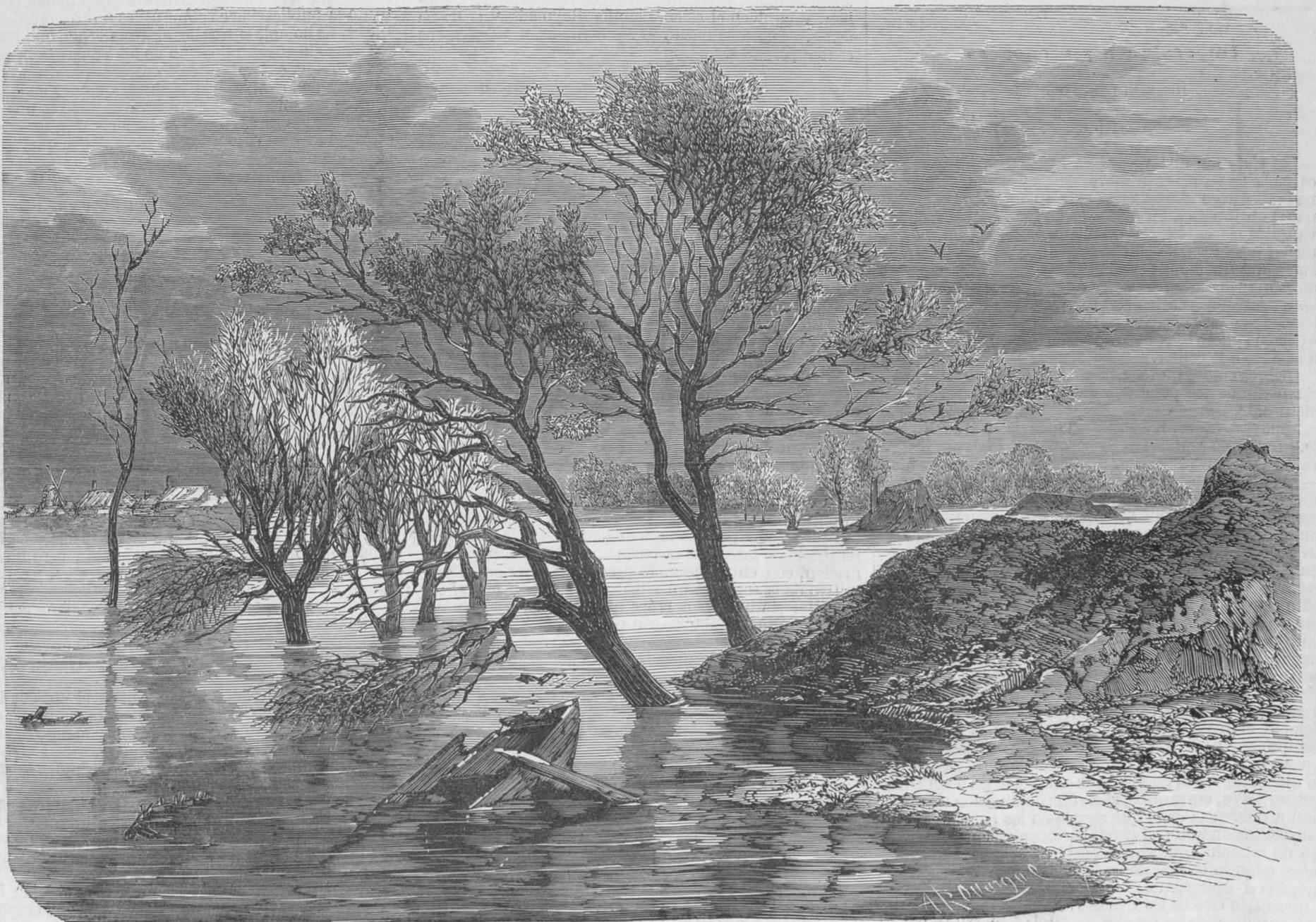
## Las inundaciones de Holanda.

La Holanda ha sufrido este invierno dos inundaciones igualmente desastrosas; la primera tuvo lugar en Bommel hace un mes, y en ella diez y ocho aldeas quedaron sumergidas; la segunda á fines de febrero, á consecuencia de haberse roto un dique en el pueblo de Leeuwen, entre Nimega y Thiel, causando la ruina de veinte aldeas. Habiendo visitado yo este sitio pocos dias despues del desastre, puedo hacer una corta relacion de las desgracias que han tenido lugar, y en las cuales se interesa toda la Europa, como lo prueban los recursos que nos llegan de todas partes.

Ante todo creo útil recordar que al entrar el Rhin en

el territorio holandés, se divide en dos brazos principales, de los cuales el uno menos ancho, conocido con el nombre de Rhin y Lek, corre por Arnhem, Wageningen y Cuilenburg para entrar en el Mosa cerca de Rotterdam; el otro, mas á la izquierda, toma el nombre de Waul, pasa junto á Nimega, Thiel y Bommel, y luego se une en Dort con otras aguas.

Las márgenes de estos brazos forman lo que nosotros llamamos *polders*, tierras de aluvion muy extensas, por lo comun muy fértiles, que comprenden muchas poblaciones, en tanto que las aguas están contenidas por diques de tierra. Ahora bien, todos los inviernos estos *polders* están expuestos á ser inundados, sobre todo cuando hiela bastante fuerte para que vengan, hielos, que



INUNDACION DE LA ALDEA DE LEEUWEN EN HOLANDA.

cuando se deshacen son lanzados con una fuerza prodigiosa y destruyen esas defensas. Por la intensidad del frío había este año abundancia de grandes y fuertes témpanos, cuando sobrevino el deshielo después de deshacerse la nieve, con una crecida extraordinaria.

La catástrofe de Leeuwen tuvo lugar el 1° de febrero á las seis y media de la madrugada, cuando los hielos se habían puesto en movimiento en esa parte del río, y el agua había subido rápidamente hasta lo alto del dique, es decir, á 8 metros. Enormes y duros témpanos, algunos de 20 y 30 centímetros de grueso, fueron arrastrados por la corriente é hicieron una abertura de 150 metros de larga en el cuerpo del dique y luego otra de 200 metros. El agua, formando una cascada, corre hácia la aldea situada al pié del dique arrastrando unos diez barquichuelos amarrados á la costa; quince casas desaparecen en poco tiempo y otras muchas se hundien; la corriente destruye todos los obstáculos; árboles, construcciones, montones de heno, y va á inundar un espacio de 23,000 hectáreas que comprende veinte pueblecillos ricos en caseríos y en ganados.

Al primer grito de alarma, todo el mundo se refugia en los graneros y luego en los tejados; y gracias á los recursos que organizaron algunos hombres valerosos, muchos hombres fueron salvados en las embarcaciones, en tanto que centenares de personas, hombres, mujeres, ancianos y niños, pudieron abrigarse á tiempo en los diques vecinos y en los árboles, en donde fueron recogidos desprovistos de todo, sin ropa y sin pan; algunos con el agua hasta la cintura y rodeados de una parte de sus ganados. Hubo treinta y cinco víctimas; en los animales las pérdidas han sido de consideración.

Generalmente el agua subía en los polders á 2, 3 y 5 metros, llevándose puertas, ventanas, muebles y provisiones, es decir, toda la fortuna de 20,000 habitantes.

Por ahora todos estos infelices están alojados en varios puntos y cuidados con la mayor misericordia; hay dinero, vestidos y víveres, gracias al espíritu de caridad que anima á todo el mundo. El rey, acompañado de los príncipes, fué á los lugares inundados, donde S. M., á veces con el agua hasta las rodillas, llevó el consuelo al corazón de aquellos infelices; se asegura que ha dado ya mas de 300,000 francos para atender á sus necesidades. La suscripción produce bastante; de los países extranjeros han llegado ya mas de 150,000 francos.

P. D. — Entre los pormenores que publican los periódicos acabo de hallar este: «Una familia compuesta del padre, la madre y cinco hijos, uno de cuatro meses, se refugia sobre un témpano de hielo que se hace pedazos; los dos grupos se separan, y mas tarde, gracias á la Providencia, encuentran sano y salvo al niño de pecho.»

D<sup>r</sup>. D. B.

## Impresiones y recuerdos.

### LOS CLUBS DE LONDRES.

#### I.

Los clubs son una verdadera institucion inglesa, encarnada ya en las costumbres de este pueblo, y que en nada se parece á lo que con el mismo nombre se designa en otros países. En todos, menos aquí, á esa palabra va unida cierta idea de conciliábulo secreto, de conspiración tenebrosa, de donde nace el terror que inspira á las gentes pacíficas, acostumbradas á leer en los periódicos ministeriales frases por este estilo: — «Los trabajos subterráneos de los clubs...» — «Una juventud extraviada por las doctrinas anárquicas de los clubs...» — «Corren siniestros rumores de que los clubs están prontos á echarse á la calle...»

¡Pobres clubs! De todo tienen la culpa, y muy especialmente de los desatinos que cometen los malos gobiernos.

Aquí esas frases, tan vulgares todavía en el continente, carecen de sentido; y no porque los clubs estén privados de toda significación política, — muy lejos de eso, — ni dejen de influir grandemente en la cosa pública, sino porque lo hacen de una manera ostensible, cual corresponde á los pueblos libres, sin la clandestinidad humillante, aunque necesaria, que corrompe y degrada todos los actos de las naciones sometidas al despotismo. En ellas los clubs, sinónimos de las sociedades secretas, — espectro tantas veces evocado en defensa del orden público cuando nada amenaza perturbarle, y puñal siempre aguzado en la sombra contra ese mismo orden público cuando suele creerse mas seguro, — peligro, en suma, siempre suspendido sobre la cabeza de los gobiernos opresores, — los clubs, ó sea las sociedades secretas, digo, en los pueblos sometidos al despotismo, son una triste necesidad. Las conspiraciones han sido en todos tiempos el fruto natural é inevitable de la opresión. Siempre que no hay libertad, se conspira en secreto; — ó por mejor decir, solo entonces se conspira: y hay casos en que obrar así es cumplir con un deber de buen ciudadano (tal es, entre otros, el de una dominación extranjera) á diferencia de lo que sucede en los países regidos por instituciones libres, donde la conspiración es siempre un crimen. Aquí nadie conspira, al paso que otros países están infestados de sociedades secretas y de todo linaje de conspiraciones. Todo se malea con la opresión: el inofensivo club de los ingleses se convierte con ella en las terroríficas juntas secretas de donde han salido tantos fanáticos, ora verdugos, ora mártires, en Francia, en Italia, en Alemania y en nuestra España.

#### II.

Es posible concluir con las sociedades secretas, nidos de conspiraciones? De una manera absoluta, entiendo que no; pero se puede, y lo creo fácil, reducirlas á ser en la vida social una rarísima excepción. Ya lo son en España, gracias á Dios; desaparecerán enteramente allí como en todas partes, el día en que lleguen á ser inútiles, es decir, cuando arraigados en nuestro suelo los nobles hábitos de la libertad, las conspiraciones solo conduzcan á la cárcel y al descrédito, nunca á las riquezas ni al poder, y aun todavía menos al aprecio de las gentes: en fin, cuando el gobierno y el país estén hasta tal punto animados de un mismo espíritu, que conspirar contra el primero sea lo mismo que conspirar contra el segundo. Como se ve, el plazo va largo, pero él llegará. A la manera que la esclavitud, reliquia de los tiempos bárbaros, va desapareciendo en algunos países de América, allí donde la adopción de nuevos y mejores métodos de cultivo la va haciendo inútil, así las conspiraciones desaparecerán del mundo, en razón de su inutilidad, con la introducción de mejores prácticas de gobierno. Cada progreso en el orden material trae necesariamente otro ú otros en el orden moral.

#### III.

Bajo el reinado de Isabel tuvieron origen los clubs en Inglaterra: los primeros fueron meramente literarios. El mas antiguo de que hay memoria se reunía en una taberna (fonda ó bodega) de *Friday-street*, y es fama que su fundador fué sir Walter Raleigh, y que de él fueron individuos, entre otros célebres ingenios, Shakspeare, Ben Johnson y Fletcher. Otros muchos siguieron el ejemplo, pero todas aquellas alegres reuniones cesaron en tiempo de Cromwell, como incompatibles con el austero puritanismo de aquellos tiempos; y no volvieron á florecer hasta el reinado de Carlos II. Los ilustres nombres de Dryden, Addison, Samuel Johnson, Pope suenan en la historia de los mas afamados clubs de Londres, desde aquella época hasta fines del pasado siglo, — historia que nos han conservado las cartas de sir Horacio Walpole y los curiosos artículos del *Spectator*, del *Tattler*, del *Guardian*, primeros ensayos del periodismo, cuyos creadores fueron Addison, Steele y Congreve, y que tanto ha cundido por el mundo, hasta llegar á ser en algunos países (no en España seguramente) un poder del Estado. El club literario mas célebre del siglo pasado fué el que fundó Johnson en 1764 en la taberna de la Cabeza del Turco (*Turk's Head*), en *Gerard-street*, *Soho*: á él pertenecieron los primeros escritores de aquella época fecunda, Sheridan, Swift, Goldsmith, Burke, Gibbon, y tambien el célebre pintor Reynolds y el Roscio inglés, — como llamaban al eminente actor Garrick sus contemporáneos.

#### IV.

Los clubs políticos datan del reinado de Carlos II. Su influencia sobre el gobierno del país ha sido grandísima en ocasiones, y de uno de ellos, el famoso *Kit-cat-club*, decía Horacio Walpole que sus individuos, aunque parecían no mas que unos alegres bebedores, eran en resumidas cuentas los verdaderos patriotas que habían salvado á la Gran Bretaña. A él pertenecieron los ilustres Daniel de Foe, autor del *Robinson*, y Bolingbroke, el célebre negociador de la paz de Utrech. Por lo demás, no hay para qué decir que la excentricidad característica del pueblo inglés se descubre en la extravagante constitución de algunos antiguos clubs, de que ya no queda mas que el nombre: así han existido hasta hace poco tiempo, segun multitud de testimonios, el club de los *Gotosos*, — el de los *Melancólicos*, — el de los *Peos*, — el de los *Flacos*, — el de los *Gordos*, — el de los *Jorobados*, — el de los *Usureros*, — el de los *Desnarigados* (*Nose-club*), — el de los *Enanos*, — el de los *Altos*, — el de los *Espadachines*, etc., etc. Uno de los mas originales es el que todavía existe, segun he oido asegurar, de los *Poetas silbados* (*The Unsuccessful-club*). Si la silba no ha sido incontestable y completa, la admisión del candidato encuentra serias dificultades; pero si le han silbado con furor, si el público no ha dejado concluir la obra ó ha tirado las lunetas á la escena, se le recibe por aclamación, con entusiasmo. El presidente lleva como distintivo de la sociedad un silbato de plata en el ojal de la levita. Me inclino á creer que todo esto es broma, aunque lo he oido contar con mucha formalidad á personas que aseguran haberlo visto; solo que aquí, como en todas partes, hay muchas gentes que se dedican á lo que don Alberto Lista llamaba el género histórico, — esto es, á no decir la verdad. Lo que sí creo es que realmente existió en tiempo de la reina Ana el llamado *Mohock-club*, asociación de calaveras de la peor especie, cuyas fechorías han dejado fama en Londres, y que debía tener alguna analogía con nuestra antigua *Compañía del trueno* que tambien se distinguió por sus peligrosas diabluras en los últimos años del rey Fernando.

#### V.

Todo esto ha desaparecido. En el día hay dos clases de clubs; unos, resto de la primitiva institucion, fundados por un empresario particular, y que vienen á ser unas especies de casas de juego disimuladas, *subscription-clubs* (de estos quedan ya muy pocos); y otros, en

crecidísimo aumento, cada dia mayor, que son el producto de la asociación de un cierto número de personas unidas por aficiones ó intereses comunes (*club-houses*). Nuestros casinos y los franceses son una imitación de estos establecimientos, pero muy desfigurada, muy inferior al original. En nuestros casinos, por lo comun, no se hace mas que fumar, jugar y perder el tiempo: en los clubs ingleses se hace tambien todo eso sin duda, — pero no es eso lo principal, sino lo muy accesorio y acaso la excepción. Algunos de esos clubs son magníficos palacios, donde por un precio relativamente módico, los socios viven como príncipes: creo que el mejor es *Carlton-club*, en Pall-Mall. Siguen en orden de riqueza y elegancia, no solo en lo interior sino en lo exterior de los edificios (elegancia y riqueza de que es difícil formarse idea no habiéndolo visto) el *Arms-and-Navy-club-house*, el de la *Reforma*, fundado en 1840, — el de los *Viveros* — el de la *Universidad*, — el *Ateneo*, — el de la *Union*, — el *Arturo* — y el *Oriental*. Es rara aquí la persona acomodada que no pertenece á algun club; así es tan considerable su número en Londres y en todas las grandes poblaciones, en las que suplen, creo que con ventaja, á las fondas y á los cafés tan abundantes en las ciudades del continente, y acaso tan escasos. Digo que los suplen con ventaja, porque ofrecen mas recursos, una sociedad mucho mas escogida y mayor orden, mas compostura y silencio. El que reina en estos clubs suele ser profundo: aquí cada cual respeta el silencio de los demás y quiere que respeten el suyo; rasgo esencial del carácter británico, amigo de la justicia y apasionado del orden. Por eso el inglés es el mas clubable de los hombres, segun la expresión inventada por Johnson.

Creo que solo aquí se conoce el tipo del *club-man*, producto de las costumbres modernas, — esto es, del hombre que pasa la vida en su club, y para quien este es la casa, la patria, el mundo. En este caso están muchos solterones. La verdad es que, salvo la amable presencia del sexo hermoso, vedada en todo club, nada falta en estos establecimientos para hacer llevadero el celibato aun al hombre mas descontentadizo. Todo está admirablemente calculado para el *comfort* de la vida, — un poco ó un mucho egoísta.

#### VI.

Réstame solo, para dar una sucinta idea de lo que he llamado una *institucion inglesa*, pues en efecto de aquí nació y de aquí ha cundido mas ó menos por toda Europa, recordar el *Debating-club*, muy usado en Inglaterra entre los jóvenes que se dedican á la carrera parlamentaria ó al foro, y que equivale próximamente á nuestras academias de ejercicios, ya de oratoria, ya de poesía; y añadir que hay tambien otros clubs que tienen por instituto la publicación de obras útiles ú otros objetos científicos. Es notable entre ellos el *Alpine-club*, que tambien se llama *Climbing-club* (club de los Trepadores), porque sus individuos rivalizan en intrepidez para trepar á las cumbres de los Alpes con el fin de recoger en ellas pedruscos desconocidos y plantas raras. Este es uno de los innumerables casos en que la llamada originalidad inglesa no es otra cosa mas que la capa con que se viste el hermoso amor de la ciencia, — el noble anhelo de ver, de descubrir, de dominar...

EUGENIO DE OCHOA.

Londres, julio 1856.

## La enamorada.

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuacion.)

De repente Miguel que lloraba acurrucado en un extremo de la sala, se levantó con la actitud del que ha tomado una resolución definitiva, firme, incontrastable, se enjugó las lágrimas con el reverso de la mano, y adelantándose hácia su madre, exclamó en tono enérgico y solemne:

— ¡Señora madre! acabaron ya mis juegos y mis des-cuidos, y mis travesuras, que hoy es hombre el que ayer era niño. Mis hermanos han perdido un padre, pero les queda otro tan honrado, trabajador y cariñoso como el que han perdido. Joven soy aun, pero Dios me dará fuerzas de cuerpo y alma para proteger y consolar á mi madre y mis hermanos.

Así diciendo, Miguel se acercó á la ventana desde la cual se descubría en una colina cercana el campo santo, cuyo dintel atravesaba en aquel instante el cadáver de su padre, y añadió extendiendo las manos hácia el campo santo:

— ¡Padre mio! ¡descansa en paz en el seno de Dios, que yo te prometo, por la salvación de mi alma, querer y amparar á mi madre y mis hermanos, como tú los querías y amparabas!

Catalina estrechó en sus brazos á su hijo mezclando el llanto del dolor con el de la ternura.

— ¡Yo te bendigo, hijo de mis entrañas! exclamó. ¡Que te bendigan tambien Dios y tu padre que han de contemplar desde el cielo tus esfuerzos para amparar á tu familia, y conservar sin mancha la honra de tu casa!

En la habitación donde esto pasaba, había una imagen de la Virgen de Beñoña, en cuyo adorno empleaba Catalina las flores mas hermosas de aquellos campos y á la que alumbra constantemente con la cera mas pura de su colmenar.

Catalina se arrodilló ante aquella reverenciada imagen exclamando con la inmensa fe que atesoraba su corazón:

— ¡Santísima Virgen de Begoña! dame diez años de vida para que al cerrar por última vez los ojos, vea ya criados á todos mis hijos. Si esta gracia me concedes, al cumplirse ese dichoso plazo, mis hijos y yo iremos á tu milagroso santuario á llevarte la ofrenda de nuestra gratitud.

Aquellos de sus hijos que comprendían el valor de esta promesa, imitaron á su madre arrodillándose ante la imagen, y ratificaron el voto de Catalina.

Cuando enterraron á Ignacio era un sábado. Al día siguiente, apenas se oyó el primer toque de misa, fueron acercándose al templo los habitantes de la aldea.

Las mujeres, en todas partes más piadosas que los hombres, entraban á la iglesia conforme llegaban para asistir al santo Rosario que el señor cura rezaba antes de la misa, al paso que los hombres se reunían bajo los frescos que sombreaban el campo de la iglesia para esperar allí el toque de entrada, chupando su pipa, y discutiendo los asuntos de la aldea con la gravedad que vamos á ver.

— Allí viene el señor alcalde. Milagro será que no encaje hoy alguna multa, porque viene de las llosas (1) y algún seto habrá encontrado abierto.

En efecto, el alcalde atravesaba una llosa fronteriza encaminándose hacia la iglesia, á cuyo campo saltó por un seto atravesado por una tabla cuyos extremos se apoyaban en dos estacas hincadas en el suelo con objeto de formar un escalon interior y otro exterior.

El alcalde era un anciano que ni en su traje, ni en sus callosas manos se distinguía de la generalidad de los habitantes de la aldea. Su fisonomía, ordinariamente risueña, estaba entonces muy grave.

— ¡Malo! murmuró un tal Chomin (2) al observar esto mismo. El señor alcalde se ha dejado en la llosa la sonrisa que llevó.

— Buenos días, señor alcalde, dijeron todos los presentes echando mano á las boinas.

— Buenos os los dé Dios, contestó el alcalde sin perder su seriedad, y añadió dirigiéndose á Chomin:

— Inmediatamente vas á entregar al ministro dos pesetas de multa por el seto que tienes abierto en la pieza del regato.

— Perdóneme Vd., señor alcalde, exclamó Chomin aterrado.

— No hay perdón que valga, replicó el alcalde interrumpiendo severamente al atribulado Chomin, y dando con el bastón en el suelo. Así aprenderás á tener cuidado de tus setos; que no han de pagar tus vecinos descuidos tuyos. El que tenga piezas solas, es muy dueño de dejarlas abiertas, que en el pecado lleva la penitencia si el ganado entra y le come la borona; pero el que las tenga en las orillas de la llosa, ha de tener bien cerrado el seto que le corresponda, ó ha de pagar la multa. Desde que empuño el bastón no he sacado una; pero ya se acabó mi tolerancia en vista de que en vosotros no hay enmienda.

— Señor alcalde, si en esa llosa casi nadie más que yo tiene piezas...

— Las tienen estos, repuso el alcalde señalando á dos vecinos llamados por mote el uno Cascarrabias y el otro Araña. ¿Te parece que se pondrán contentos si por tolerar yo que tengas abierto el seto, entran las vacas ó los cerdos y les desbaratan la borona? Nada, nada; dos pesetas de multa, á ver si la lección te sirve de algo.

— Pero, señor, dijo Chomin, ¿cómo he de dar las dos pesetas si no tengo un cuarto?

— Pero tendrás una caldera que te recogerá el ministro en prenda pretoria.

Chomin estaba á punto de llorar.

— Vamos, señor alcalde, dijo Cascarrabias, perdón Vd. al pobre Chomin por esta vez.

— Sí, perdóneme Vd., añadió Araña.

— La indulgencia ha de venir á tiempo; que castigando una falta, se evitan cien.

— Pero ya ve Vd. que este y yo somos los únicos á quienes perjudica el descuido de Chomin, y los dos pedimos á Vd. que le perdone.

— Ea, dijo el alcalde, ya está perdonado por esta sola vez. Os estaría bien empleado que os comiesen las moscas, ya que os haceis de miel.

El alcalde se dirigió hacia otro grupo en que estaban los restantes individuos de justicia, después de recibir repetidas gracias de Chomin y los demás vecinos.

En aquel instante Catalina y su hijo Miguel, revelando el dolor en su rostro y en su traje, pasaron dirigiéndose á la iglesia.

Unos chicos estaban jugando á las nueces. Como sabían que Miguel había sido siempre tan impertinente jugador que no dejaba el juego hasta quedar pelocho (3) ó dejar en este estado á todos sus rivales, y como creyesen que el mejor remedio contra la tristeza es la diversión, le dijeron:

— Miguel, anda á jugar á las quiérolas (4).

— Jugad vosotros que sois niños, contestó Miguel gravemente, desapareciendo en seguida con su madre por la puerta de la iglesia.

Poco después dieron el último toque, y todos los vecinos entraron á misa.

La aldea parecía desierta, porque apenas llegarían á una docena las personas que al salir el sol habían ido á misa primera á otra aldea cercana, y esas, que eran todas mujeres, estaban en casa cuidando de la comida.

No debieron echarlo en saco roto unas vacas que poco antes pacían en una sierra inmediata, pues así que la gente entró á misa, dijeron para sí: «ahora es la nuestra,» y como quien no quiere la cosa, bajaron hacia la llosa del regato, y soplandose en ella por el seto de Chomin, que en efecto estaba abierto como había dicho el señor alcalde, se pusieron de borona hasta alcanzarla con el dedo, una en la pieza de Araña y otra en la de Cascarrabias.

Las vacas eran de Chomin, á quien se las había dado á medias (1) un vecino acomodado, y por lo visto debieron decir al entrar en la llosa: — Anda, que cuando nuestro amo tiene abierto este seto, será para que entremos por él; y si tiene que pagar la borona que comamos, también echaremos con ella buen pelo, y cuando nos lleve á la feria de San Miguel de Zalla, le valdremos cada una un par de dobloncitos más. Como dice la copla:

« En Sevilla maté un hombre,  
Y en Cádiz perdí un costal;  
Váyase lo uno por lo otro,  
Que á ninguno le hecho mal. »

Habra quien no crea que así discurrían las vacas de Chomin, pero no habrá quien me pruebe que esta no es la lógica de los animales.

El sol iba apretando de lo lindo, cuando héte que á las vacas de Chomin les pica la mosca y aprietan á correr hacia la aldea, no por donde habían entrado en la llosa, sino atajando por esta y estropeando con los piés tanta borona como habían estropeado con los dientes.

¡Cuando la mosca pica, váyase Vd. á andar con rodeos!...

Las vacas de Chomin fueron justamente á salir de la llosa por el seto de frente á la iglesia, que salvaron de un salto, precisamente... ¡parece que el demonio lo hace! en el momento en que la gente salía de misa.

Ver Araña y Cascarrabias á las vacas salir de la llosa reventando de llenas y figurarse que habían sacado la tripa de mal año á costa de la borona de sus piezas, todo fué uno.

Tirándose de los pelos y echando sapos y culebras por la boca, ambos corrieron á ver si su figuración era cierta, en tanto que el pobre Chomin quedaba que se le podía ahogar con un cabello, y el señor alcalde disertaba sobre lo perjudicial que era para todos la lenidad de las autoridades.

Si desesperados habían ido á la llosa Araña y Cascarrabias, mas desesperados volvían, porque ni vendido valía Chomin lo que la borona que habían comido y echado á perder sus vacas.

— Ni con mil reales, decían, nos paga Chomin el destrozo que sus vacas nos han hecho. ¡Justicia, señor alcalde, justicia!

— ¿Sabeis, contestó el alcalde, cuál es la sentencia que yo debiera dar ahora? Pues debiera dar esta:

« Tú lo quisiste, fraile, mosten,  
Tú lo quisiste, tú te lo ten. »

pero esta es opinión particular mía, y la opinión de la justicia es que Chomin pague por completo el daño que han hecho sus vacas.

— Pero, señor alcalde, repuso Chomin aterrado, si yo soy un pobre que no tengo sobre qué caerme muerto.

— Te se embargará hasta la camisa.

— Si aunque me embarguen á mí y la mujer y los hijos, y cuanto tengo en casa, vendido no vale para pagar la mitad del daño que dicen han hecho mis vacas.

— Perdiendo aprenderán esos á no sacar la cara por quien no deben.

— ¡Ay pobre de mí! exclamó Chomin echándose á llorar como si el cielo se le viniera encima, ¡qué va á ser de mí, con esta desgracia que me sucede! ¡Porqué se habrá llevado Dios á Ignacio que me sacaba siempre de mis apuros!... ¡Ay si viviera Ignacio!

— ¡Ignacio vive aun para los pobres! dijo Miguel que desde el pórtico de la iglesia se había enterado de lo que pasaba; y acercándose á Chomin añadió:

— Dígame Vd. al señor alcalde que nombre peritos para que tasen el daño que han hecho sus vacas de Vd., y vaya Vd. á mi casa á buscar el dinero que le exijan, que si puede Vd. alguna vez devolvérselo, nos lo devolverá, y si no puede, harta desgracia será para Vd.

A pesar de la seriedad con que Miguel hablaba, todos los presentes y el mismo Chomin quedaron suspensos, sin saber si tomar por lo serio ó por lo burlesco las palabras del muchacho; pero sin duda no duró mucho, porque Catalina, lanzándose hecha un mar de lágrimas de ternura y alegría á estrechar en sus brazos á su hijo, exclamó:

— ¡Hijo de mis entrañas, que así sigues el ejemplo de tu padre, bendito seas!

Y dirigiéndose á Chomin, añadió:

— No, no ha muerto Ignacio, que vive aun en su hijo. El ofrecimiento que Miguel te ha hecho, haz cuenta que te le ha hecho Ignacio, y no dudes que Miguel y Catalina desean que le admitas.

Chomin no lloraba ya de terror, que lloraba de alegría y agradecimiento.

Cascarrabias y Araña contemplaban todo aquello en silencio.

— Canario, exclamó de repente Cascarrabias hume-

(1) A partir ganancias.

deciéndose los ojos: á generoso no me ha de echar á mí la pata un chiquillo como Miguel. Yo le perdono á Chomin la borona que me han destrozado sus vacas.

— Pues caramba, dijo á su vez Araña no menos conmovido que Cascarrabias, en lo tocante á generosidad, tampoco me habeis de echar á mí la pata Miguel, ni tú, ni ninguno de los nacidos. También yo le perdono á Chomin el destrozo que han hecho sus vacas en mi borona.

V.

El sol comenzaba á ocultarse tras los picos que dominan á San Juan de Somorostro.

Era la víspera de san Antonio, y se notaba extraordinaria animación en la aldea, á la que llegaban sin cesar forasteros.

Debemos hacer mención especial de un gallardo mancebo, que montado en un caballito negro, y sin mas acompañamiento que el de su escopeta pendiente del arzon de la silla, llegó y fué á alojarse en casa del alcalde.

Las campanas repicaban alegremente, y el tamboril resonaba con no menos alegría en el campo de la iglesia. Tamboril y campanas anunciaban la fiesta que al día siguiente se iba á celebrar en la aldea.

Muchas aldeanas venían de Bilbao á Portugalete, trayendo á la cabeza cestos repletos de provisiones de boca.

Las casas de la aldea estaban como tacitas de plata, y apenas había una donde no se hubiese sacrificado algún cordero.

La carnicería de la aldea donde solo los sábados se mata una vaca, había presenciado aquel día el sacrificio de dos bueyes cebones de los mejores que engordan para morir en las fértiles llanuras de Durango.

Varias casas ostentaban sobre la puerta el ramo de horto acabado de cortar, indicando el taponamiento para la venta de una nueva barrica de chacolí.

Y una recua de seis machos, procedente de Rioja, acababa de dejar una docena de pellejos de clarete en la taberna de la aldea, que ordinariamente no recibía para su surtido arriba de un par de pellejos.

Algunas de las mas afamadas chozneras bilbainas disponían sus choznas de ramaje en el campo de la iglesia.

Y finalmente, por mas que desentonemos el placentero cuadro que vamos trazando, añadiremos que multitud de cojos y tullidos y mancos y ciegos iban llegando á la aldea con la esperanza de hacer al día siguiente su agostillo implorando la caridad pública en las inmediaciones de la romería.

En medio de la felicidad y la alegría que se respira en las romerías vascoas, contrasta el alma el espectáculo que ofrecen centenares de mendigos cuyos clamores forman extraño y doloroso contraste con el alegre repique de las campanas, los acordes del tamboril y los gritos de júbilo de los romeros.

¿No hay leyes en esta tierra tan sabiamente legislada, que proscriban ese triste espectáculo? ¡Ay, sí; pero la caridad está tan arraigada en el corazón de estos nobles montañeses, que todas las leyes de los hombres son impotentes para impedirles amparar al pobre que llega á su puerta pidiendo pan ú hospitalidad. Decidles: «cumplís con las leyes del país rechazando á los mendigos,» y os contestarán: «pero cumplimos con la ley de Dios amparándolos.»

En la aldea donde esto escribo, compuesta de trescientas fogueras, solo hay dos ó tres personas, y esas ancianas y sin familia ni parientes, que viven de la caridad pública. A pesar de eso, todos los días veo andar de puerta en puerta mendigos procedentes de Castilla ó de las montañas de Santander ó de Asturias. Y el alcalde que está obligado á no permitir la mendicidad mas que á los pobres de su jurisdicción, es el primero que da un asiento en su hogar y ofrece el pan de su mesa al mendigo forastero, porque dice, discurriendo con una lógica que los corazones honrados no pueden rechazar: — ¿Cómo levanto yo la vara de la justicia sobre el pobre anciano que llega á mi puerta implorando mi compasión en nombre de Dios y de mis padres que me contemplan desde el cielo?

Amaneció al fin el anhelado día de san Antonio, y la alegría, el bullicio, el movimiento, la vida subieron de punto en la aldea, tan tranquila y solitaria los demás días del año.

Al rayar el alba, ya de todos los hogares se alzaba en espirales el humo, formando una blanca nubecilla, que envolvía vaga y misteriosamente la aldea y los campos circunvecinos.

Por las llosas y las arboledas cercanas se dirigían á la aldea multitud de forasteros, y el tamboril anunciaba la alborada á la puerta del alcalde, del señor cura y del Mayorazgo, en tanto que repicaban alegremente las campanas.

Catalina y sus hijos se habían levantado antes que los pájaros hubiesen comenzado á cantar en el ramaje del nacedal.

Soledad ayudaba á su madre en las faenas domésticas, que aquel día eran extraordinarias.

Soledad era ya una muchacha de diez y seis años, cuya gracia y cuya hermosura eran el encanto de su madre y de los mozos de la aldea.

Cuando sonó el primer toque de misa primera, que por extraordinario se celebraba aquel día merced á la estancia en la aldea de un predicador que había ido de Bilbao, Soledad, con ayuda de su madre, realizó sus naturales encantos con su traje mas hermoso, y poco después se encaminó á la iglesia robando los corazones de los mozos que esperaban á la puerta del templo el tercero y último toque para entrar á misa.

(1) Varias piezas comprendidas en un cercado.

(2) Domingo.

(3) Sin nueces.

(4) El juego así llamado es el siguiente: se toma en el hueco de la mano igual número de nueces del contrario que propias; se tiran á un hueco hecho en el suelo; si entran pares son del que tira, y si nones ó ninguna, del otro.

El jóven que dijimos haber llegado el día anterior á la aldea cabalgando en un caballito negro y sin mas compañía que su escopeta, estaba ya en el pórtico, y así que vió á Soledad se adelantó á ofrecer á esta el agua bendita, que la niña aceptó, tomando sus trigüeñas megillas el color de la rosa y brillando de alegría sus negros y rasgados ojos.

Algunas horas despues Catalina y sus hijos, como la mayor parte de los moradores de la aldea, oían la misa mayor, y Soledad cuidaba de la casa.

El jóven del caballito negro paseaba delante de casa del Mayorazgo, en ocasion en que Soledad se asomó al balcon, y se acercó á saludar á la niña apenas la vió.

— ¿La han dejado á Vd. solita?  
— Solita, que están en misa mi madre y mis hermanos.

— ¿Va Vd. esta tarde á la romería?  
— No sé si querrá mi madre.  
— Mucho sentiré que Vd. no vaya.  
— Gracias por el buen deseo.  
— No me las dé Vd., que mi deseo es interesado.

— No comprendo por qué.  
— Porque si Vd. no se divierte, tampoco me divertirá yo.

— ¿Porqué?  
— Porque no iré á la romería si usted no va.

— ¡Qué engañosos son los hombres!  
— No lo soy yo.

Aquí llegaban en su diálogo Soledad y el forastero, cuando empezó la gente a salir de misa, y el forastero se apresuró á decir:

— Si va Vd. á la romería, ¿tendré la dicha de bailar con Vd.?

— La dicha será mia, contestó Soledad candorosamente retirándose del balcon.

En casa del mayorazgo comian muchos forasteros. La comida iba terminando, y la alegría iluminaba todos los semblantes, si bien el de Catalina y el de sus hijos se anublaba con frecuencia al recordar que en otro tiempo, en tal dia, ocupaba el que dormia el sueño eterno en el campo santo, que desde el corredor se descubria, el asiento que entonces ocupaba Miguel.

Como entre los que rodeaban la mesa no faltaba quien hubiese visto al forastero ofrecer el agua bendita á Soledad, esta era objeto de inocentes chanzonetas, que no por inocentes dejaban de hacerla bajar los ojos confusa y avergonzada.

— ¿Quién es ese forastero? preguntó un bilbaino hermano del difunto Ignacio, que se hallaba entre los convidados.

— Yo no sé, contestó Miguel. Está en casa del señor alcalde y le llaman don Juanito.

— Lo pregunto, añadió el bilbaino, porque me parece haberle visto algunas veces en Bilbao con una señora.

— ¿Jóven? preguntó Soledad.

— Jóven y guapa, contestó su tío, y la conversacion giró sobre otro asunto despues de haberse hecho algunos comentarios algo maliciosos pero benévolos é inofensivos sobre la pregunta de Soledad.

Esta se fué poniendo cada vez mas cavilosa y triste. Iba entrando la tarde y ya en el campo de la iglesia resonaba sin cesar el tamboril, se bailaba á mas y mejor, y la concurrencia y la animacion eran extraordinarias.

Tambien Soledad bailaba con don Juanito, el forastero del caballito negro.

Soledad y don Juan conversaban entre corro y corro. Ignoramos lo que el primero diria á la segunda; pero lo cierto es que Soledad se ponía sonrosada y bajaba los ojos, en los cuales brillaba no obstante la alegría.

Iba ya anocheciendo, y la animacion en la romería llegaba á su colmo.



EL MARISCAL BOSQUET.

Sonó el toque de oracion, el tamboril calló y se suspendió el baile; los hombres se descubrieron la cabeza, y mujeres y hombres quedaron inmóviles rezando en silencio las Ave-Marías.

La romería habia terminado, y los romeros empezaron á desfilarse por todas partes entonando alegres cantares y lanzando atronadores *sansós*.

— Mi madre andará ya buscándome, dijo Soledad á don Juan disponiéndose á despedirse de él.

— ¿Con que será Vd. constante? la preguntó el forastero.

— No lo será Vd. tanto.

— Yo lo seré hasta la muerte.

— ¿De veras?  
— Se lo juro á Vd...  
— Que no sea Vd. engañoso.  
— Faltarían el cielo y la tierra antes que faltara mi palabra.  
— Pues bueno. Que vuelva Vd. por acá pronto.  
— Como que dejo aquí el alma.  
— ¡Ande Vd., burlon!  
— Vamos, Soledad, que ya es hora, dijo Catalina que en efecto andaba buscando á su hija y acababa de verla.

(Se continuará.)

### El mariscal Bosquet.

El mariscal Bosquet, que ha fallecido en la última semana, habia nacido en Mont-de-Marsan en 1810. Admitido en la escuela Politécnica en 1829, salió para ingresar en el cuerpo de artillería, y se embarcó el 8 de junio de 1834 con direccion á Argelia, donde debia servir hasta 1850.

Cuando la formacion de las tropas indígenas Bosquet, que era á la sazón capitán de artillería, pidió ser admitido en ellas, y en breve fué nombrado comandante de batallón de los tiradores indígenas de Oran. Se distinguió por su valor, su resolucion y su sangre fria, y conquistó cada grado con la punta de su espada. En 1848 era general de brigada. En la campaña de la grande Kabília en que tomó parte, salió herido en el hombro. En 1853 fué nombrado general de division, y volvió á Francia, de donde fué enviado á la Crimea así que estalló la guerra entre la Francia y la Rusia.

En la batalla del Alma se cubrió de gloria, contribuyó poderosamente á la derrota de los rusos en la batalla de Inkermann, y se distinguió tambien en la toma del cerro Verde.

Bosquet fué nombrado senador en 1856 y dos meses despues mariscal de Francia.

### Naufragio de la «Reine-Mathilde»

CERCA DE ARGEL.

Damos un dibujo que representa el naufragio del vapor francés la *Reine-Mathilde* perteneciente á la compañía general marítima. Este buque, que habia salido de Argel con direccion á Amberes, con escala en varios puntos, cargado de tabaco y de crin vegetal, naufragó el 29 de enero á las cinco de la tarde, sobre una roca llamada *Mtahau* (la Rueda de Molino); su proa se estrelló en la piedra y comenzó á hacer agua. Inmediatamente

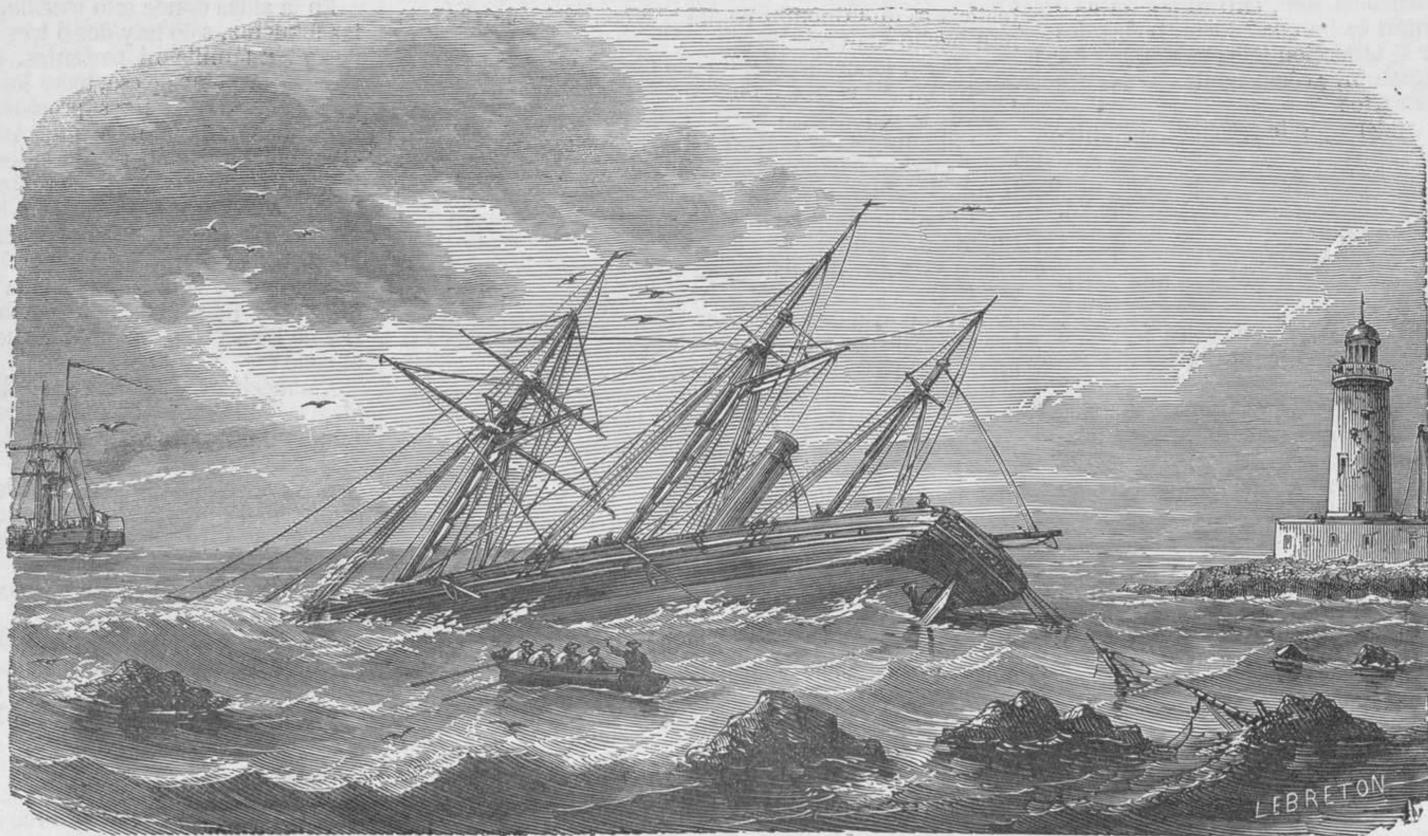
arrojaron el carbon á la mar á fin de poder aligerarle, y tomaron otras disposiciones, pero todo fué inútil, pues no se movió de la posicion en que habia encallado. La administracion de la marina, prevenida al punto del siniestro, envió el vapor le *Cerbère* en su socorro; sin embargo, aunque se vió favorecido con un tiempo claro y una luna magnífica, le *Cerbère* debió volverse al amanecer sin haber podido sacarle.

Despues el vapor hundió su proa en la mar y se inclinó sobre sí mismo; el cargamento, que se habia comenzado á salvar, hace crugir el buque, y á cada instante se teme que se abra y precipite con él á todos cuantos se encuentren á bordo: la *Reine-Mathilde* está perdida irremisiblemente.

Por fortuna nadie ha perecido. El naufragio ha tenido lugar á poca distancia de la costa.

Toda la marina mercante deplora esta desgracia, pues el capitán Bissel, que mandaba la *Reine-Mathilde*, era conocido por un excelente capitán y por un buen hombre.

C. L. F.



NAUFRAGIO DE LA REINE-MATHILDE, CERCA DE ARGEL.

— Sí, en volviendo las espaldas, si te he visto no me acuerdo, como dice la *canta*.

— Soledad, me ofende Vd. dudando de mi palabra.

— Como mi tío vuelva á verle á Vd. con la señorita jóven y guapa, me lo cuenta todo.

— Si he dicho ya que su tío de Vd. está equivocado.

ese punto... los de tu padre. No se los impongo á nadie, pero jamás recurriré á la ley.

No quise insistir. Que la manera de ver de John fuese errónea ó no, no es menos cierto que lo que un hombre cree malo, es malo efectivamente para él.

— Ahora, prosiguió, vuélvete á casa con la niña, y cuenta á Ursula lo que ha sucedido. Dila que irá lo mas pronto posible. Quizá tendré aquí algunas dificultades con mis hombres; que no se alarme por eso.

Ursula siempre resuelta á hacer el sacrificio de sus propios sentimientos me oyó hablar sin interrumpirme. Al punto comprendió la posición de John; supo apreciar su gravedad, pero no profirió ninguna queja.

Después de puesto el sol bajó á mi lado; traía su sombrero.

— Phineas, me dijo, voy á la fábrica; ¿quereis acompañarme, ó estais cansado?

Yo la seguí.

Estaba bastante oscuro; no encontramos á nadie, excepto á un joven á quien habia solido ver en mis paseos. Este joven tenia algo de extraño; siempre estaba embozado en su capa, y llevaba el semblante medio oculto bajo un sombrero de alas anchas.

— ¿Quién es ese individuo que parece examinar la fábrica con tanta atención? preguntó Ursula con voz precipitada.

Yo la respondí diciendo:

— Es sin duda un católico; Mrs. Tod dice que hay muchos ocultos por aquí; en otro tiempo hallaban un asilo en casa de lord Luxmore.

A este nombre nuestros pensamientos tomaron otra dirección. Olvidé completamente al joven, y sólo al llegar al pie de la colina noté que nos habia seguido hasta la puerta de la fábrica.

Encontramos á John en pie y meditabundo cerca de un telar abandonado. No nos vió hasta que Ursula le tocó suavemente el brazo.

— ¿No sabes lo que ha sucedido?

— Sí, pero no te aflijas.

— Ciertamente no lo sentiria si no fuera por mis pobres obreros.

— ¿Y qué te propones hacer? ¿Ejecutar tu idea?

— No me queda otro partido que tomar. Sin la fuerza de agua suficiente, debo cerrar la fábrica ó emplear el vapor.

— Entonces no hay mas que poner la máquina.

— ¡Sí, para que se subleve contra mí todo el país, que me acusará de la destrucción del trabajo!... ¡para ver que incendian mi establecimiento y hacen pedazos mis máquinas!... Eso es lo que lord Luxmore desea. ¿No ha dicho que me arruinará? Quiere hacer mas aun; quiere arruinar mi reputación. ¡Si hubieras oído á esas pobres gentes que acabo de despedir! Durante dos meses van á tener poquísimo trabajo, y por otra parte se imaginan que la máquina que me propongo establecer les quitará el pan de la boca. ¿Qué deben pensar de mí?

John hablaba con una irritación inusitada; como los cuidados y las injusticias del mundo hacen hablar á veces al mejor de los hombres.

— ¡Infelices! añadía, no debo criticarlos. ¿Qué podía responderles esta tarde cuando me dijeron que debía sufrir la suerte de mi empresa, que ellos necesitaban pan para sus hijos? Sin embargo, también los míos lo necesitan. Lord Luxmore es el causante de todo esto.

En aquel momento me pareció oír un profundo suspiro detrás de nosotros. Habriase dicho que partía del rincón mas oscuro en donde estábamos; pero John y su mujer, muy apesadumbrados, no lo oyeron.

— ¿No habria medio de continuar hasta que llegue la máquina? pregunto Ursula. ¿Te costará mucho?

— Mas de lo regular; pero es indispensable. Quien no se arriesga no pasa la mar. De un modo ú otro nosotros estamos seguros; pero ¿y mis pobres obreros de Enderly?

— ¿No hay ningún arreglo posible?

— Sí, hay uno; habia pensado en él al punto, pero...

— John, sé lo que quieres decir.

Y poniendo su mano sobre el brazo de su marido le miró fijamente. Una larga costumbre les habia enseñado á leer mutuamente en sus corazones como en un libro abierto.

— ¿El sacrificio sería muy grande, querida mía?

— ¿Qué pregunta! Fácilmente le podemos hacer renunciando en nuestra vida á varias fruslerías que solo tenemos por la forma. ¿Qué necesidad tenemos de eso?

— Es verdad, repuso John mirándola tiernamente.

Pronto comprendí cómo pensaban zanjar la dificultad. Ahorrando una parte de la renta anual que John, en su ansiedad por su familia, habia asegurado á su mujer, y viviendo tres meses con la sencillez de Norton-Bury, podrían pagar todo el salario á los obreros que trabajasen ó no. De esta manera no habria en nuestro tranquilo valle ni necesidades ni murmullos, y sobre todo no habria quejas contra el amo.

— Ahora, dijo John levantándose como libre de un gran peso, ahora lord Luxmore puede hacer lo que quiera, no conseguirá arruinarme.

— Querido amigo, no hablemos de lord Luxmore.

Un segundo suspiro resonó en la sombra; y esta vez John y Ursula le oyeron distintamente.

— ¿Quién está ahí?

— Soy yo, M. Halifax, no os incomodeis, dijo una voz suave y triste.

Y el joven que habiamos encontrado Ursula y yo se adelantó á nosotros.

— No os conozco, caballero; ¿cómo os hallais aquí?

— He seguido á Mrs. Halifax; la he visto á menudo así como á vuestros hijos en sus paseos. Pero veo que no me reconocéis.

En este momento la luz alumbró las facciones del joven, y todos reconocimos aquel semblante mas pálido que nunca, aquellos ojos cuya expresión era tan melancólica.

— Me sorprende veros aquí, lord Ravenel.

— ¡Silencio! Aborrezco hasta el sonido de este nombre. Habria renunciado á él hace mucho tiempo; me habria sustraído para siempre á su vista y á la del mundo si él me lo hubiese permitido.

— ¿De quién quereis hablar? ¿De vuestro padre?

El joven hizo una señal afirmativa, como si hubiese temido pronunciar el nombre de su padre.

— ¿No se incomodaria si supiese que venis aquí? preguntó John; siempre dispuesto á hacer respetar una autoridad legítima.

— Está ausente. Hace medio año que me ha dejado solo en Luxmore.

— ¿Le habeis ofendido? preguntó Ursula mirando afectuosamente al joven, cuyo rostro escuálido le recordaba quizá otro desterrado para siempre de nuestra vista.

— Me odia porque soy católico, y porque quisiera hacerme religioso.

Y el joven se santiguó; luego se estremeció y miró con aire espantado en torno suyo.

— ¿No me vendereis? continuó; sois un hombre de corazón, M. Halifax; habeis defendido con ardor nuestros intereses. Os juro que guardaré el secreto; decidme, ¿sois católico?

— No.

— ¡Ah! Creí que lo érais. Pero no me descubriréis, ¿no es verdad?

M. Halifax se sonrió á semejante suposición.

Sin embargo, los católicos eran perseguidos por la ley con tanto encarnizamiento como los protestantes no-conformistas. Todos aquellos que se separaban del regazo de la Iglesia nacional eran denunciados como cismáticos, deistas, etc.

— ¿Y porqué deseais dejar el mundo?

— Porque estoy hastiado de él. No he amado nunca mas que á una persona, la única que me ha amado á mí... y ahora... ¡que la Madre de Dios se compadezca de nosotros!...

Ursula, enternecida de compasión, se volvió hácia el joven y le preguntó afectuosamente si queria venir á casa con nosotros.

— ¡Yo! exclamó con sorpresa; ¡después de todo el mal que os ha hecho lord Luxmore!

— ¿Es una razón para no hacer bien á su hijo, al menos en cuanto nos sea posible? dijo John.

Lord Ravenel clavó en él sus ojos tan suaves y penetrantes, y entonces recordé lo que su hermana nos habia dicho acerca de su admiración á John Halifax.

— Sí, mucho podeis, respondió.

— Pero ya sabeis que según vosotros somos heréticos.

— Yo rezaré por vos. Permitidme que vaya á vuestra casa, dejadme veros á vos y á vuestros hijos.

— Venid en hora buena.

— Sí, en hora buena, lord...

— No me deis ese nombre, Mrs. Halifax; llamadme como me llamaban en Saint-Omer, el hermano Anselmo.

Ursula se habria sonreído; pero John no se sonreía jamás cuando se trataba de una creencia, aunque no fuese la suya. Respetaba ante todo esta cualidad tan rara: la sinceridad.

Desde aquel momento el hermano Anselmo estaba casi siempre con nosotros en la casa de las Rosas.

¿Qué habria dicho lord Luxmore si hubiese sabido que el heredero de su título y de sus opiniones políticas mantenía relaciones continuas con John Halifax el industrial, el radical, como aun solian llamarle entonces? ¿Qué habria dicho sobre todo si hubiese sabido que aquel hijo único para el que proyectaban, según decían, un rico matrimonio, experimentaba por la niña ciega de John Halifax ese sentimiento tierno y paternal á la vez que un joven siente á veces por una criatura sencilla y bondadosa?

Decía que ella le hacia mejor, y á veces la contemplaba como si hubiese sido su ángel guardian.

Por su parte la niña le demostraba un tierno afecto, y se complacía mucho en estar á su lado cuando no estaba allí su padre.

Sin embargo, nadie podia reemplazar á este último.

El lazo principal que existía entre ellos era la música. La enseñaba á tocar el órgano en la iglesia vecina, donde pasaban muchas horas durante las largas tardes del verano. Yo les escuchaba, costándome trabajo persuadirme de que los sonidos armoniosos y casi celestes que oía, resonasen bajo los dedos de la delicada Muriel.

Por aquella época su padre la veía menos que de costumbre, pues estaba agobiado de cuidados y de ocupaciones. La rueda grande de la fábrica que hacia hoy las delicias del pequeño Edwin, como hizo anteriormente las de su padre, no se movía mas que dos veces por semana. El riachuelo estaba casi siempre seco ó muy bajo, y la pradera ya no tenia hechizo ninguno ni para Muriel ni para mí. La niña echaba de menos el ruido de las pequeñas cascadas, el grito de las gallinetas y el murmullo de los cañaverales; pero ante todo echaba de menos á su padre demasiado ocupado para venirse con nosotros y consagrar un minuto á su hija.

Se hallaba ocupado en establecer esa maravilla que llaman una máquina de vapor, habiendo estado antes en Manchester y en otras ciudades á ver cómo aplicaban esta nueva fuerza motriz. Su destreza y sus conocimientos en el arte mecánico suplian lo demás. Trabajaba sin descanso, y á menudo con sus propias manos, con los mecánicos que habia traído de Manchester; pues habia

necesidad, sobre todo en nuestro valle primitivo, de guardar el secreto hasta que la obra quedase completamente terminada. Cuando nuestros sencillos ó ignorantes obreros venian á cobrar su salario todos los sábados, miraban estupefactos aquella gran masa de hierro y aquella curiosa fábrica de ladrillos, y se preguntaban atónitos qué es lo que hacia *el amo*. Pero con toda su bondad, era tan de veras *el amo*, que ninguno de ellos se habria atrevido á preguntarle, y menos aun á oponerse á su empresa.

V.

El estío habia pasado. Las hojas de los árboles comenzaban á tomar los matices purpurinos del otoño; la meseta estaba cubierta de florecitas amarillas por entre las cuales asomaban los cardos. El aire de la mañana era húmedo y brumoso, y muy luego debimos renunciar á llevar á Muriel en nuestros paseos matutinos por la azotea favorita de John. Fué esta una gran privación para mi amigo, pero trataba de disimular su sentimiento diciéndose que las primeras horas de la mañana no eran buenas para el paseo de los niños. Al fin renunció también á ellos, y se contentó con sentarse delante de la casa con su niña sobre las rodillas, hasta que llegaba la hora del almuerzo. Luego diciendo con una especie de envidia que cada uno de nosotros disfrutaban mas á menudo que él de la sociedad de la niña, tomó la costumbre de venir á buscarla diariamente al medio día. Desde entonces no la dejaba ya; la llevaba en brazos por todas partes.

Con mucha frecuencia he visto á mujeres de la fábrica de un exterior rudo y tosco, detenerse y mirar con atención *al amo con la niña ciega*, y estoy inclinado á creer que la paciencia con que las gentes de Enderly vieron la introducción de la máquina de vapor, fué debida en parte al respeto que les inspiraba la bondad paterna de M. Halifax, y á la tierna superstición que infundía el suave y pálido semblante de Muriel.

Enderly comenzaba á ponerse triste, y nosotros nos regocijábamos ya de encontrarnos de nuevo en Longfield.

— Los niños volverán con mejor salud de la que han traído, sobre todo Muriel; ¿no es verdad, Phineas? me preguntó John.

A esta pregunta yo respondí con algunas palabras evasivas; luego salí pensando cuán ciego es el amor. Habriase dicho que solo el mio tenia el triste don de ver el lado real y sombrío de las cosas.

Cuando volví encontré á la madre y la hija ocupadas en hablar misteriosamente en un rincón del cuarto, y adiviné el secreto; pues habia oído decir á Ursula que era bueno prevenir á Muriel, á fin de que pudiese disfrutar de antemano del placer que se prometía.

— Pero ten cuidado, porque es un gran secreto, dijo en voz baja la madre.

— Sí, sí, respondió Muriel cuyas mejillas, mas pálidas que de costumbre, se cubrieron de un vivo encarnado; pero yo preferiria una hermanita. Sin embargo, ¿se parecerá á mí? añadió tomando de repente un aire serio.

— Quizá; las hermanas suelen parecerse.

— No, no quiero decir eso... quiero decir...

Y se llevó la mano á los ojos.

— No podria decirlo; pero Dios haga que se parezca á tí en todo lo demás, hija querida, hija bendita, dijo Ursula abrazándola y con lágrimas en los ojos.

Desde aquel día Muriel no cesó de hablar de la hermanita que esperaba, de *Magdalena*, pues este era el nombre que ella le habia elegido.

Y esta esperanza pareció infundirla durante algun tiempo una nueva energía. La niña de once años se convirtió de repente en una mujer, y trató de ayudar á su madre en los cuidados caseros, sobre todo en el único ramo de industria de que era capaz. Principió á hacer un par de medias, las mas pequeñas que hayan podido verse. Muchos años después las ví de nuevo, la una concluida, la otra todavía con las agujas atravesadas por el ovillo de lana, tal como la niña las habia dejado. ¡Ah! ¡Muriel! ¡Muriel!

Su padre se regocijaba con tan feliz cambio.

— ¡Qué consuelo será un día para Ursula! me dijo una vez. ¡Una joven crecida es siempre muy útil á una madre!

Yo me sonreí en señal de asentimiento. Bastantes cuidados tenia ya; ¿porqué le habria quitado yo su ilusión?

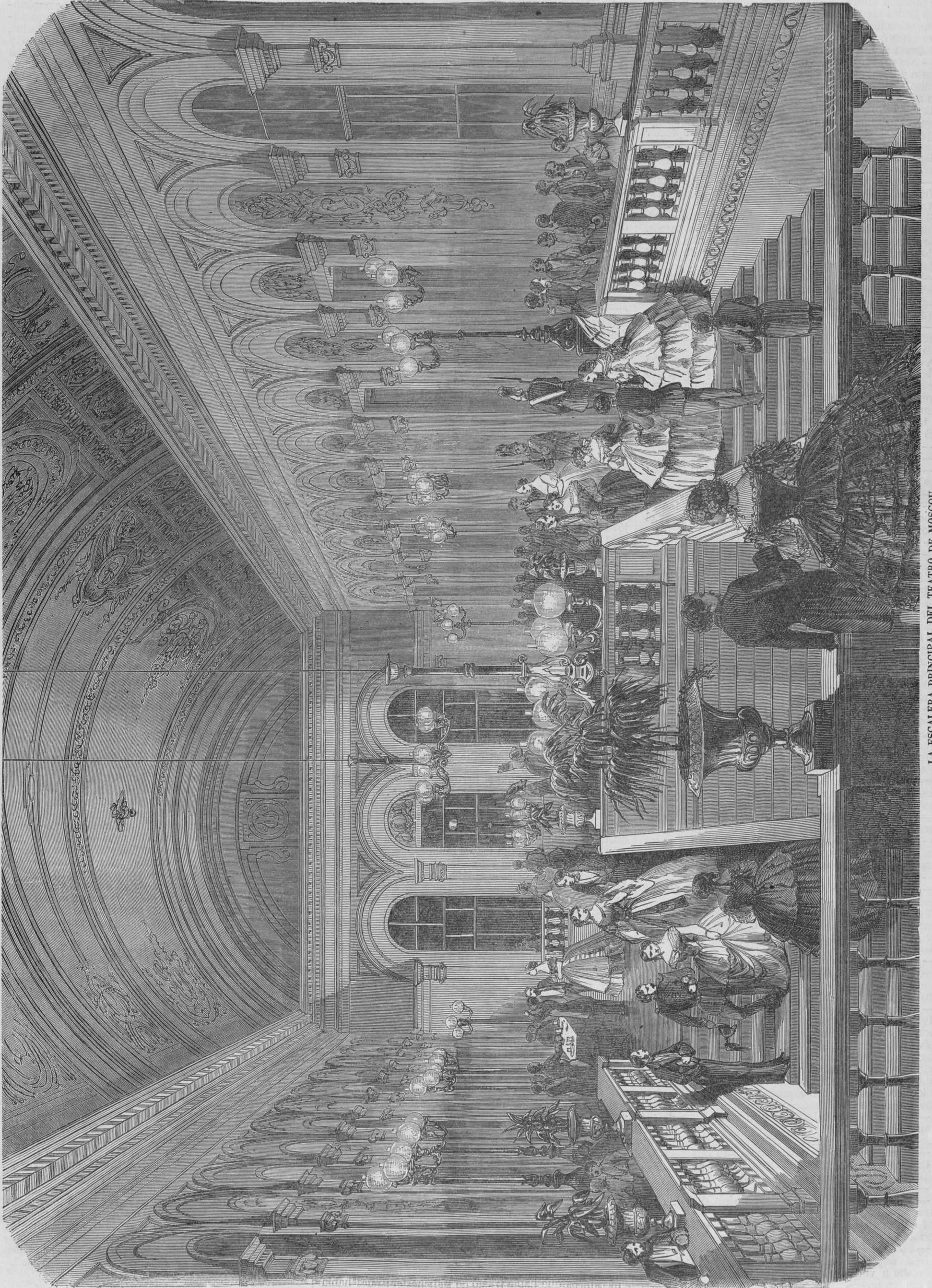
(Se continuará.)

### El gran teatro de Moscou.

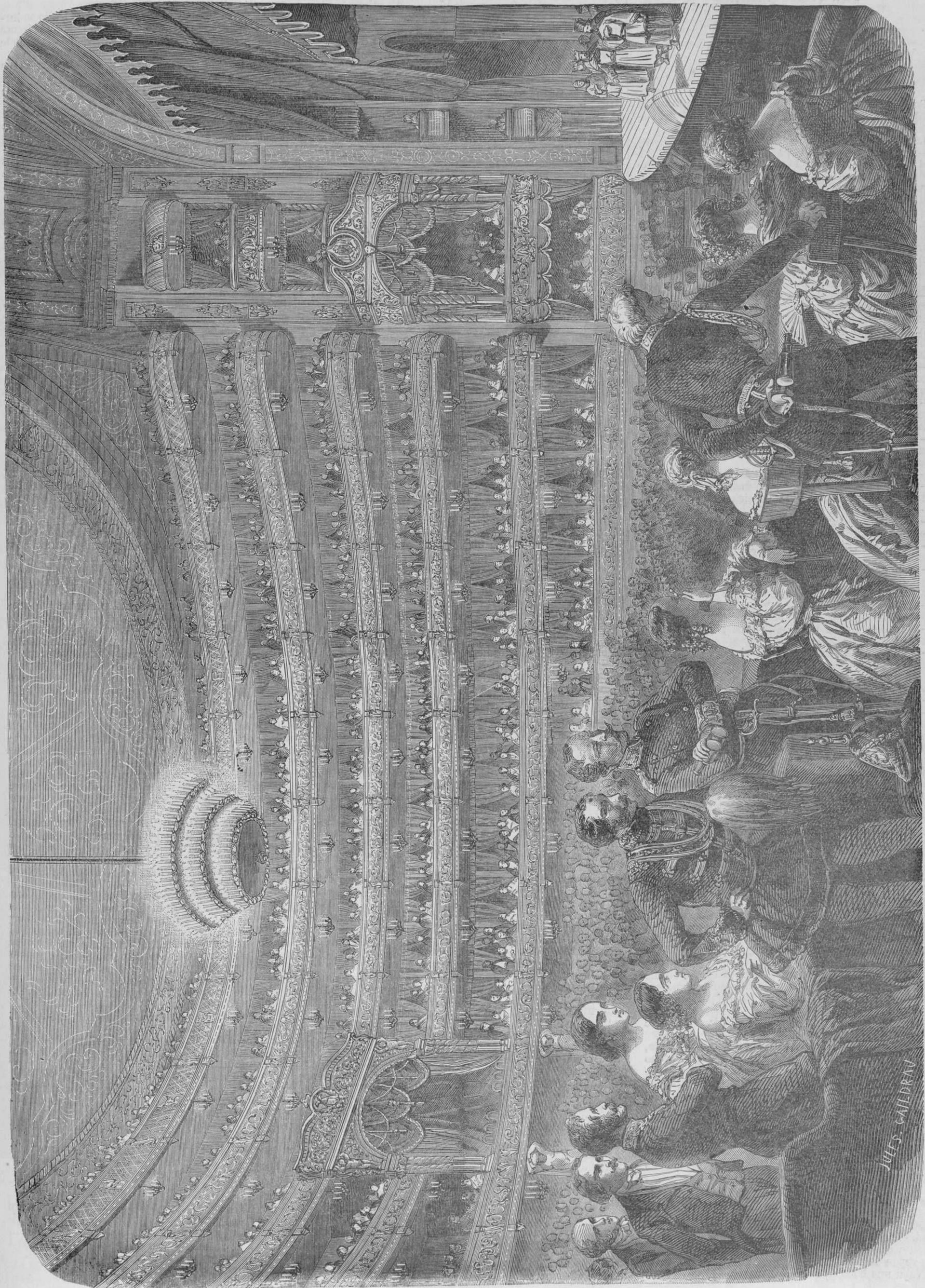
En las dos páginas siguientes ofrecemos á nuestros lectores el aspecto de uno de los teatros líricos mas vastos y mejor contruidos de los que hay en Europa: el gran teatro de Moscou, edificado por M. Alberto Cavos, arquitecto de la corte de Rusia. Esta sala contiene con la mayor comodidad 2,300 espectadores; tiene cinco pisos de palcos, y el sexto forma la galería. Diez y siete hileras de sillones, á los que se llega por pasos muy espaciosos, completan con el patio el conjunto de la sala.

El entendido arquitecto, M. Alberto Cavos, ha añadido á cada palco gabinetes ó salones donde los espectadores pueden retirarse durante los entreactos. En cada palco caben ocho personas en el delantero, y de todas las localidades el efecto de óptica es excelente.

P. P.



LA ESCALERA PRINCIPAL DEL TEATRO DE MOSCOU.



INTERIOR DEL TEATRO DE MOSCOU

JULS. CAJEDRA

## LOS AVENTUREROS.

(Continuación.)

## VII.

## NOCHE DE INVIERNO.

En el instante en que Jorge iba á pasar el umbral del gabinete, se encontró enfrente de la marquesa y del vizconde Enrique.

La marquesa decía:

— ¡Cómo! ¡cómo! primo, ¿quereis que os presente á M. Leslie?... no penseis en ello. Es un pobre muchacho que busca una colocación... Voy á hacerlo al revés y á presentároslo á vos, si me lo permitís. Hé aquí afortunadamente á M. Leslie, se interrumpió la marquesa. — ¡Hola! M. Leslie, el general acaba de hablarme de vos... teneis en él un ardiente protector... os prometo que con vuestra inteligencia y el caudal que habeis adquirido en vuestros viajes, hallareis una buena colocación en París... — Enrique, os presento á M. Jorge Leslie á quien os recomiendo particularmente.

El vizconde respondió:

— Me siento en extremo complacido de conocer al señor Jorge Leslie.

La marquesa les dejó solos para ir á encontrar á sus convidados en el invernadero.

Enrique y Jorge permanecieron enfrente uno de otro. Enrique fué el primero en romper el silencio.

— Sin duda esperábais que me acercase á vos, dijo el vizconde con cierto embarazo y como si hubiese estado pensando en lo que debía decir.

— Lo esperaba en efecto, replicó Jorge.

Enrique le tendió su mano que Jorge cogió sin dificultad.

— ¿No teneis nada que decirme? continuó el vizconde despues de un silencio durante el cual su mirada habia interrogado en vano.

— Nada, contestó Jorge, y en seguida añadió:

— Cuando tengo que hablar, me gusta estar libre.

El vizconde le estrechó la mano diciendo:

— Os comprendo... saldremos juntos.

— No, repuso Jorge, no puedo salir con vos.

Enrique le miró sorprendido y receloso.

— ¿Rehusais también subir á mi coche? preguntó el vizconde.

— Cuando el tiempo está así, frio, me gusta andar, respondió Jorge Leslie. ¿Cómo llamais ese puente que está aquí cerca, junto al palacio del rey?

— El puente Real.

Jorge miró su reloj.

— Dentro de media hora, si os place, dijo Leslie, os aguardaré en el puente Real.

— No hay inconveniente, repuso el vizconde; dentro de media hora.

Los dos jóvenes se separaron. Jorge estrechó la mano del viejo general, quien le preguntó:

— ¿Estais contento?

— Dentro de una hora estaremos allí, respondió Jorge.

Jorge se dirigió al guardarropa, y envolviéndose en su capa salió.

En el malecon de Orsay, el hombre que hemos visto acurrucado en el alfeizar de una puerta pequeña, bajo el muro del palacio de Boistrudan, se encontraba aun en el mismo sitio. Tenia la cabeza apoyada entre las dos manos y permanecía completamente inmóvil.

El cuerpo de guardia de la calle de Bellechasse estaba muy cerca de allí, y á pesar de que muchas rondas pasaron por el malecon, nadie reparó en aquel hombre á quien su ropon pardo confundia con el color de las paredes del viejo muro.

Segun el frio que hacia, cualquiera hubiese creido que el pobre diablo estaba arrecido y helado en su escondrijo.

Algunos minutos despues de haber Jorge dejado el salon de la marquesa, se oyó un paso rápido por encima de la nieve en direccion de la calle de Bellechasse. Un hombre envuelto en su capa volvió la esquina del cuerpo de guardia y entró en el malecon, subiendo hácia la plaza de la Concordia.

El individuo acurrucado en la puerta del jardin no estaba dormido ni helado, pues hizo un movimiento con la cabeza al ruido confuso que hacian las pisadas sobre la nieve.

Apartó un poco el ropon que le tapaba la oreja, y se puso á escuchar con atencion.

El hombre de la capa iba á pasar junto á él sin verle, cuando el que estaba escondido hizo salir de su pecho un sonido ronco y gutural.

— ¿Estás ahí? dijo el embozado; ven conmigo, ahora es tiempo.

El otro se levantó en seguida como un resorte. Era un hombre de elevada estatura, derecho como un baston. El ropon que llevaba flotaba al rededor de él hasta el suelo. Cuando se puso á andar sus pisadas no hacian el menor ruido.

El hombre de la capa y él se dirigieron hácia la calle de Bellechasse. Al pasar por delante del cuerpo de guardia, el centinela se detuvo para contemplar el pobre diablo.

— Cuánto madrugás, beduino, dijo el centinela entre dientes.

Nadie le respondió; pero en este instante una ráfaga de viento que venia de la esquina de la calle hizo ondular el ropon de aquel hombre hácia atrás.

— Vaya una bobada, se dijo el centinela, ir con los

pies desnudos pisando la nieve, y con la cara pintada de color encarnado... Se conoce que se acerca el carnaval.

En la calle de Lille, delante de la puerta principal del palacio de Boistrudan, se veia una gran fila de coches parados.

El hombre del ropon se puso de pié en medio de la calle y permaneció inmóvil, en tanto que su compañero, atravesando la calle, se colocó contra el ángulo de la puerta cochera que daba frente al palacio de Boistrudan.

Antes de separarse del hombre del ropon, el de la capa le dijo:

— ¿Estás seguro de que le conocerás?

— Towah conoceria al Lengua de oro entre mil, respondió el hombre del ropon.

— Cuando llegue al umbral, silbaré... mirale bien.

Algunos pocos cocheros que no se habian dormido en sus pescantes, observaron este singular personaje, envuelto como un fantasma y derecho como una estaca plantada en la nieve sucia que cubria la calle.

En París, todos los trajes son buenos para esos pobres bohemios que dan vueltas al rededor del palacio del rico, lo mismo que el gorrion en rededor de la casa del labrador.

Tomáronle por un barrendero de aceras, oficio de artista libre, que ocupa el puesto superior al pordiosero en ese pedazo de la escala social que desciende bajo cero.

Hacia un frio agudo y penetrante, sazonado con viento nordeste que cortaba la cara. Cuando los cocheros se despertaban se daban golpes con los brazos tan fuerte como podian á fin de restablecer la circulacion de la sangre. Towah parecia insensible al frio. Era una estatua.

El viento del nordeste trajo las vibraciones del reló de las Tullerías, que dió las cuatro de la madrugada. En aquel momento oyóse gran ruido al interior del palacio cuyas puertas se abrieron de par en par.

Los coches entraron en el patio, en tanto que la voz aguda de los lacayos, colocados bajo el peristilo, gritaba los nobles nombres de los convidados de la marquesa.

Towah se deslizó entre dos coches y se puso delante de la escalera principal.

— ¡El coche del vizconde de Villiers! gritó un criado.

En este instante oyóse un silbido de la parte opuesta de la calle.

Towah se adelantó hasta el pié de las gradas. El vizconde bajaba. Cuando Enrique de Villiers reparó de repente delante de él en los ojos del panio que ardian como dos ascuas bajo su capucha, retrocedió como si hubiese recibido un golpe en la cara. Sus párpados se bajaron á su pesar, y experimentó una especie de vahido.

Cuando volvió á abrir los ojos, pues se figuró que era juguete de una ilusion, el fantasma habia desaparecido. Enrique, subiendo á su carruaje, gritó al cochero:

— Al puente Real.

El hombre del ropon se habia reunido con su compañero del otro lado de la calle.

— ¡El es! dijo, y se calló.

Las cuatro y cuarto sonaban en el pabellon del reló, cuando un elegante coche tirado por briosos caballos negros, se paró en medio del puente Real; abrióse la portezuela y salió del carruaje un hombre que llevaba traje de baile bajo un ancho gaban forrado de pieles.

Los caballos, humeando de sudor, azotaban la nieve con sus herraduras. El carruaje volvió á marcharse dejando allí á su dueño.

Dos ó tres carruajes mas que venian del palacio de Boistrudan, atravesaron el puente lentamente y sin ruido, como si sus ruedas corriesen por encima de ese tapiz de paja que los dichosos de este mundo ponen delante de sus casas, precisamente en la hora en que el nivel de la muerte va á pasar por encima de todo lo que les hacia sobresalir de la multitud. Suprema y triste ventaja del rico sobre el pobre: el primero compra el silencio que reina en derredor de su coche fúnebre; el otro muere gratis y de la manera que puede.

La justicia de Dios les aguarda á los dos y no tiene mas que una sola balanza...

Cuando concluyó de pasar el último coche, reinó en el puente ese extraño silencio de las noches de París, de dos á cinco de la mañana. Ni siquiera se oia la marcha de los centinelas de las Tullerías, cuyas pisadas quedaban sofocadas en la nieve: no se percibia el mas leve ruido, excepto ese murmullo sordo y particular del rio arrastrando lentamente sus enormes pedazos de hielo.

El vizconde Enrique de Villiers se colocó en la acera occidental del puente. Sus pasos eran inciertos como los de un ébrio. Apoyóse contra el pretil, no para mirar el rio, sino para buscar un sosten. Era una noche clara y brillante; el Sena arrastraba majestuosamente sus flotantes islotes de hielo tan blancos como la nieve. La larga línea de los malecones se prolongaba de derecha á izquierda reflejando una luz misteriosa; los reverberos, oscurecidos por el contraste, arrojaban por intervalos regularmente aproximados por la perspectiva, un resplandor menos brillante.

A la derecha, se destacaba del fuerte azul del firmamento la enorme masa de árboles de las Tullerías, negra á la vista, á pesar de la cubierta blanca que cada rama llevaba en su parte superior. Era una noche hermosa y tranquila, pero triste.

El vizconde Enrique apoyó su cabeza entre sus manos, en tanto que sus piés helados empujaban toda su sangre hácia el cerebro. Su frente ardia.

Miraba sin verlos los enormes pedazos de hielo que pudiendo apenas encontrar paso por debajo del puente, retardaban la corriente del rio, cansado con aquella carga tan pesada. A veces su vista seguia maquinalmente uno de esos islotes de hielo hasta que se perdia á lo le-

jos en el horizonte inmóvil del Sena. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

— ¡Oh! hizo irguiéndose, y como si su orgullo se hubiese despertado de repente; he mirado la muerte frente á frente... he jugado con el peligro... ¡No es al vizconde Enrique á quien se puede acusar de tener miedo!

Pero su temblor se aumentó hasta el extremo que sus dientes castañeteaban.

— ¡Es la calentura, añadió; tengo calentura, me siento malo!

A lo largo del malecon de Orsay todas las casas eran negras. Solo las ventanas del palacio de Boistrudan, que se descubria á lo lejos, estaban aun iluminadas.

Las miradas del vizconde se fijaron en aquellos resplandores que brillaban á través de los grandes chopos desprovistos de hojas. Pero de pronto apartó su vista de aquellos objetos. El nombre de Elena vino á sus labios.

— No tengo miedo... repitió; pero la amo... no tengo mas que treinta años... aun se ama á esta edad...

— Y se sabria por todo Paris... repuso.

El vizconde dejó escapar de su pecho como una especie de sollozo. Sus codos se hundian en la nieve del pretil del puente, mientras que sus crispadas manos apretaban fuertemente sus sienes.

— ¡Un noble deshonorado, decia en alta voz, cae de mayor altura que otro hombre cualquiera!

Oyóse en este instante un grande crujido compuesto de pequeños choques secos y sucesivos, y cualquiera hubiese dicho que desde el Cours-la-Reine hasta el puente del Carroussel, todos los pedazos de hielo se juntaban uno despues de otro. El ruido venia de abajo y subia hácia la ciudad vieja. El ruido fué muriendo poco á poco, y todo volvió á quedar en silencio.

Los hielos cesaron de correr por debajo los arcos del puente Real. El rio, paralizado, dejó de susurrar al mismo tiempo que se detuvo. La llama de los reverberos que un momento antes brillaba aun vacilante dentro del agua, caia sin reflejar sobre el pálido hielo. El Sena perdió al mismo tiempo su movimiento, su voz y su brillo.

Este minuto en que el frio vencedor encadena la vida del rio tiene algo de extraordinario. El corazon se oprime al ver este inmenso letargo. Bien pocos han presenciado los últimos instantes de lucha entre el invierno y la corriente que va á buscar incansablemente en el fondo del agua nuevo calor. Cuando los hielos consiguen formar su cadena, generalmente es durante la noche, y esto sucede casi siempre en una de esas noches polares en que el parisiense prefiere á todo lo demás la alcoba ó el rincón mas caliente de su chimenea. El vizconde quedó absorto algunos instantes.

— Hé aquí el gigante encadenado, murmuró: ¡la mano de Dios es poderosa!

Así mismo es el hombre, prosiguió volviendo á sus preocupaciones, la fortuna solo le sonrie un instante. El curso de su vida es puro y fácil: es la primavera... pero llega la hora en que la suerte se cambia, y el destino se apodera de él con sus garras de buitres. En vano se resiste. Su sangre se hiela y su pensamiento muere: ¡es el invierno!

Pero, se volvió á decir exponiendo al viento su cabeza desnuda, mañana brillará un rayo de sol, y el rio romperá sus cadenas saliendo de su letargo... La primavera sucede al invierno... el hombre tiene tambien sus periodos de desgracia y de fortuna... Desde que llegué á la edad de la razon, he ganado juegos bien difíciles... no creo que mi hora haya llegado todavía, ¡y por Dios, que me batiré como un desesperado antes de confesarme vencido!

¡Veamos! ¡veamos! se interrumpió; el tiempo urge, y es necesario saber lo que he de decir y lo que he de hacer, pues ese hombre va á venir.

El vizconde se incorporó y dió algunos pasos por la acera, pero su tenaz imaginacion se revelaba bajo el esfuerzo de su voluntad.

— Efectivamente se parece mucho á Elena, pensó con una especie de terror, y se me figura que la amo... quizá porque es la única mujer que no he visto temblar bajo mi mirada... Me aceptó por marido... ¡pero qué diferencia entre una y otra!... ¡Elena me amaba!

¡Los oidos me zumban! se interrumpió otra vez recostándose contra el pretil á fin de no caer, ¡quién me ha llamado ladrón!... ¡y cobarde!...

El vizconde permaneció algunos minutos con la cabeza inclinada sobre su pecho.

— Señor vizconde, dijo una voz junto á él, héme aquí; estoy á vuestras órdenes.

Jorge Leslie, embozado en su capa estaba á su lado.

— Os aguardaba, balbuceó el vizconde. Y en seguida sin saber que hablaba, añadió:

— ¡La amo!... ¡ciertamente la amo!...

— Y bien, señor vizconde, dijo Jorge con presteza; perfectamente, puesto que va á ser vuestra esposa... ¿Cuándo se celebra la boda?

— Dadme el brazo y marchemos, dijo Enrique en vez de responder.

— Marchemos, repitió Leslie; estas noches son magníficas para arreglar negocios... Casi se puede estar seguro de no verse molestado por los curiosos.

Jorge pasó el brazo del vizconde bajo el suyo y lo sintió temblar.

— ¿Cómo es eso? dijo Leslie; ¡teniais un semblante alegre en el baile del palacio de Boistrudan!... Si os sentís indispuesto, dejemos la entrevista para mañana... ¿tengo tiempo suficiente... ¿quereis que os acompañe á vuestra casa?

El vizconde apresuró el paso y murmuró:

— Tengo frio.

— Diez graditos, replicó Jorge... mas frío hacia el día que nos encontramos al pié del Golden-dagger.  
 Enrique tembló violentamente y se detuvo.  
 — En este momento, pronunció con pena, un niño me mataría... si sois el conde de Rosen aprovechad de vuestra ventaja.  
 Leslie se echó á reír.  
 — Estaba seguro de que os ocurriría esta idea, exclamó Leslie.  
 — ¿No acabais de decir, balbuceó el vizconde, que nos encontramos al pié del Golden-dagger?  
 — Sí, pero yo era uno de los que llevaban la camilla en que iba tendido el conde Alberto... Miradme bien y me conoceréis.  
 Los dos se encontraban entonces bajo el reverbero de gas, único que ardía en la plaza del Carrousel. El vizconde no había arriesgado gran cosa hablando de asesinato. Esta plaza descubierta y rodeada de centinelas era poco á propósito para un duelo americano.  
 Jorge se quitó el sombrero y presentó su cara á la luz brillante del gas eléctrico.  
 Enrique le examinó atentamente, pero en la parte que mas fijaba su atención era el bajo de la frente y el rededor de los párpados.  
 — ¡Nada! murmuró el vizconde; ¿sería posible que la herida ó el tratamiento mismo no hubiese dejado la menor señal?  
 — Veo que no podeis apartar de vuestra imaginación el conde Rosen, dijo Leslie sonriendo con cierto aire burlon; vamos, querido vizconde, os encontráis en la mejor disposición de ánimo que pudiera desear. He venido del país del oro pobre como Job... creo que la suerte cambia y que voy á hacer fortuna esta noche... ¿Me habeis examinado bastante?  
 — ¡Marchemos! repuso Enrique; no os conozco por uno de los conductores de la camilla; pero tampoco sois el conde Alberto, lo juraría.  
 — Si fuese el conde Alberto, preguntó alegremente Leslie, ¿en cuánto rescataríais vuestra vida?  
 — Casualmente este es el asunto en que vamos á ocuparnos ahora... Venid.  
 El vizconde se dirigió hácia la calle de Rohan. Jorge conocía que el vizconde se animaba y que su marcha se hacia mas libre.  
 — Heos aquí curado, caballero, dijo Leslie; hacedme el obsequio de decirme adónde me conducís.  
 — ¿Teneis miedo? preguntó el vizconde cuya voz se habia vigorizado de repente.  
 — En cuanto á eso, no.  
 — ¿Deseais hacer fortuna como acabais de decir?  
 — Ardientemente.  
 — Entonces seguidme y no me preguntéis nada mas. Jorge Leslie obedeció y no volvió á pronunciar una sola palabra. Siguiéron por la calle de Richelieu, que estaba enteramente desierta, despues la calle Laffitte y en seguida la de los Mártires. El vizconde marchaba ahora con paso seguro.  
 Junto á la barrera de los Mártires el vizconde se detuvo y soltó el brazo de Jorge.  
 — Hace rato que no os hablo, dijo el vizconde, porque estoy reflexionando, y reflexiono, porque me hallo tan cerca de mi pérdida como de mi salvación... Es claro que me habeis sitiado la bolsa.  
 — ¡Es claro! repitió Leslie.  
 — Habeis dado el asalto de una manera brusca... y sin embargo habeis guardado ciertas atenciones...  
 — He hecho lo que me ha parecido conveniente, respondió Leslie, para coger viva la gallina de los huevos de oro... Si os hubiese muerto perdía el rescate... He conocido que entrábais de buena voluntad en mis miras por el apoyo que prestábais á mis palabras... Poseeis un talento privilegiado, señor vizconde... Suponed que os hubiese ocurrido la idea de contradecirme; entonces dejaba caer ese nombre suspendido sobre la ávida curiosidad de todos aquellos nobles personajes...  
 — No hay duda que eso tiene su precio, interrumpió el vizconde; marchemos.  
 En este momento pasaron la barrera, y volviendo á la derecha empezaron á subir la rampa de escalera que conduce al telégrafo.  
 Jorge no se tomó la pena de preguntar adónde se le conducía; andaba á paso largo como un campesino, de manera que el vizconde le seguía con mucho trabajo.  
 El vizconde se decía interiormente:  
 — Rosen no se pondría así delante de mí... Rosen hubiese olido las pistolas que llevo debajo del gabán... Este se entrega con esa confianza porque sabe que su vida no tiene ningun valor para mí.  
 — ¡Volved á la derecha! gritó el vizconde cuando Jorge estuvo en el punto culminante de Montmartre.  
 Jorge se paró. Los dos pasaron juntos por detrás del telégrafo y salvaron la barrera llena de brechas que separa la calle de la Fontenelle de los grandes terronteros.  
 No hay parisiense que no conozca ese cerrillo árido que deja ver por todos lados la arena y la arcilla en las cavidades profundas de sus flancos. Todos los quintos pisos que miran al Norte descubren Montmartre, ese montecillo que está caracterizado por los molinos de viento del Oeste y por el telégrafo, en tanto que por su posición dominante es también la fisonomía de París.  
 Este cerrillo se trasforma y disminuye sin cesar, pues apenas se pasa un año sin que algun hundimiento venga á cambiar el perfil de sus costados. Los ciudadanos de Montmartre se encuentran algun tanto en la posición de los vecinos de Pompeya, la vispera en que esta ciudad curiosa fué á reunirse con Herculano á veinte y cin-

co piés bajo tierra. Solamente que no existe ningun volcan bajo Montmartre.  
 La caída se verificará poco á poco, y no tendrá mas resultado que alterar el mapa de nuestro rastro. Las casas del vertiente Norte de Montmartre están evidentemente destinadas á adornar un día la llanura de Saint-Denis, mientras que el vertiente Sur, tomando por asalto la pared del recinto, y desafiando las iras del fisco, se hará parroquiano de Nuestra Señora del Loreto.  
 El vizconde Enrique y Jorge se pusieron á marchar por encima de la nieve virgen que cubria los cerrillos, y no se detuyeron hasta llegar á la orilla de la primera cordadura á doscientos pasos del telégrafo.  
 El cielo estaba tan sereno y la tierra tan brillante, que descubrian en derredor de sí todos los pormenores del paisaje. París estaba bajo sus piés, cubierto por una masa de niebla que la luz del gas hacia parecer rojiza. La ciudad invisible dormía aun en silencio.  
 El vizconde Enrique se descubrió para enjugar las gotas de sudor que el viento nordeste helaba en su frente. La respiración de Jorge era tan igual y tan fácil como cuando empezaron á subir la colina.  
 — Se está bien aquí, dijo Leslie.  
 — Perfectamente, replicó el vizconde deslizándose su mano derecha bajo la solapa de su gabán.  
 — Y sin embargo, prosiguió Jorge con su voz tranquila y burlona, mirad cuántas casas hay detrás de nosotros... Sin duda se puede hablar aquí con toda seguridad, siempre que nuestras pistolas no tomen parte en la conversacion.  
 — ¡Nuestras pistolas! repitió el vizconde retrocediendo un paso.  
 — Sí, vos lleváis dos en el interior de vuestro gabán, señor vizconde, respondió Jorge; en cuanto á mí, no tengo mas que una, pero vale por cuatro.  
 Al decir esto, Jorge se desembozó bruscamente y enseñó un revolver americano de cuatro tiros, cuyo cañon se dirigia casi á quemarropa hácia el pecho de su compañero.  
 VIII.  
 EXPLICACION.  
 — Caballero, os suplico que retireis vuestra arma, dijo el vizconde á quien el peligro inmediato pareció volver toda su sangre fria; por mi parte sacaré mi mano vacía de debajo del gabán y me lo abrocharé.  
 — Tened la bondad de hacer primeramente lo que decís, señor vizconde, respondió Jorge con mucha finura; en el momento en que vea vuestra mano vacía tendré un placer en guardarme mi revolver.  
 Enrique sacó su mano y abrochó su gabán. Jorge retiró en seguida su pistola.  
 — Perfectamente, señor vizconde, dijo Jorge. No creo que hubiérais hecho uso de vuestra arma. Teneis una absoluta necesidad de mí y esto lo sabeis bien...  
 — ¿Y en qué consiste el que tenga tan gran necesidad de vos? preguntó M. de Villiers respirando ahora con mas libertad, pues al ver el revolver de Jorge se creyó encontrarse delante del conde de Rosen.  
 — Necesitais de mí, replicó Leslie, porque si me niego á responder á dos ó tres preguntas que me vais á hacer, sois muerto.  
 — ¿Sí, señor Leslie?  
 — Hay mas; suponed por un instante que me hubiérais pegado un pistoletazo ahora mismo, estábais perdido sin recurso.  
 — ¿Tendreis la amabilidad de decirme por qué?  
 — Esto entra en mis miras, señor vizconde... Hélo aquí: á estas horas el conde de Rosen os conoce... por sí mismo y por un hombre que nunca le ha desobedecido...  
 — Cuando he salido del palacio de Boistrudan, balbuceó Enrique temblando bajo su caliente gabán forrado de pieles, me ha parecido ver...  
 — Habeis visto perfectamente, señor vizconde.  
 — ¿Cómo, sabeis lo que he visto?  
 — Dos ojos brillantes bajo la sombra de una capucha... El hombre estaba al pié de la escalera cuando yo la he bajado.  
 — ¿Era Towah el indio?  
 — El mismo.  
 — ¿Está en París el conde Alberto?  
 — Rosen se encontraba á diez pasos de Towah. Hubo un momento de silencio.  
 La mirada desconfiada del vizconde no se apartaba de Jorge Leslie.  
 — ¿Os habeis creído, siquiera haya sido por un instante, que yo podía ser el mayor? preguntó este.  
 — Sí, respondió Enrique.  
 — ¿Lo creéis aun?  
 — No... He repasado mi memoria... el mayor es mas alto que vos.  
 — No mucho, interrumpió Jorge sonriendo.  
 — Por otra parte, vuestros ojos y vuestra frente... No se ve en ellos cicatriz alguna... Es imposible...  
 — Es que debeis saber, interrumpió Jorge, que Rosen no tiene la mas pequeña cicatriz ni en los ojos ni en la frente.  
 Nuevo silencio.  
 El viento empezaba á traer de la ciudad algunos vagues murmullos.  
 — Juraría que no sois el conde Alberto de Rosen, dijo al fin M. de Villiers.  
 — Teneis razon, aunque os callais el verdadero motivo que os hace pensar así.  
 — ¿Cuál es el verdadero motivo?

— Desde el pié del montecillo hasta aquí, pronunció con calma Jorge Leslie, no hemos encontrado á nadie absolutamente... he ido siempre á vuestro lado y existís aun.  
 — ¿Creéis al conde capaz de un asesinato? murmuró Enrique con voz apagada.  
 — En la posición que vos y el conde Alberto ocupais uno enfrente de otro, todo es legal... El conde os matará como á un perro donde quiera que os halle.  
 — ¿Es rico? preguntó Enrique.  
 — No, es muy pobre.  
 — ¿No tiene á nadie mas que á ese Towah?  
 — Sí por cierto... Primeramente me tiene á mí, y sin que haya en ello la menor fatuidad, os prevengo que valgo tanto como otro cualquiera... Despues tiene á un hombre de mucha experiencia y de un valor á toda prueba, que ocupa una posición bastante regular en vuestra sociedad... á un anciano...  
 — ¿Sería acaso el general O'Brien? exclamó Enrique.  
 — Sí, es el general Daniel O'Brien, respondió Jorge.  
 — ¿En dónde se conocieron?  
 — En París, en 1846... Rosen tuvo un desafío con el hijo del general, muerto despues en la guerra de Hungría... La noche antes de batirse, el general se presentó en casa del conde Alberto y le dijo: He perdido á mi esposa y no tengo ningun pariente: este hijo es el ídolo de mi corazón... Rosen acudió al siguiente día al sitio señalado, y despues de sufrir el tiro del jóven O'Brien le dió mil satisfacciones.  
 — ¡Ah! murmuró el vizconde, el anciano general debe pertenecerle en cuerpo y alma.  
 — M. O'Brien quiere muchísimo al conde, respondió sencillamente Jorge Leslie.  
 — Y sin duda, repuso Enrique, ¿el conde Alberto adquirió por medio del general muchas relaciones en París en 1846?  
 — Es probable que sí.  
 El vizconde volvió á respirar agitadamente.  
 — Es necesario salir de esta posición, pensó Enrique de Villiers.  
 Jorge se embozó diciendo:  
 — Hace un viento diabólico.  
 — ¡Y yo me abraso! exclamó Enrique cogiéndole la mano. Escuchad, señor Leslie, no nos engañemos uno á otro... sabeis mi historia...  
 — En la punta de los dedos.  
 — Me teneis por un miserable...  
 — No á fe mía... solamente que opino que no debiais haber salido de Baltimore sin arreglar antes vuestra diferencia con Rosen.  
 Enrique le miró estupefacto.  
 — ¿Cómo! dijo Leslie riendo, ¿pensais que estais hablando con algun cuáquero?... Cuando era vecino, allá en América, al otro lado del río Gila... quizá hice cosas mas serias que las vuestras... ¿Qué hay, caballero, en el fondo de todo este asunto? un pequeño monton de oro y una mujer engañada. A fe mía, esas son bagatelas: ¡dos victorias!... El mal, como os he dicho, no ha sido otro que el haber dejado las cosas á medio concluir... La linda jóven tiene un vengador, y el monton de oro su propietario...  
 Si vos hubiérais proporcionado una ocasion semejante á un vecino, lléveme el diablo si el vengador de la mujer y el propietario del oro no se encontraran mucho tiempo ha á seis piés bajo tierra ó á cien brazas en el fondo del mar.  
 — Ya que mirais las cosas bajo este punto de vista, señor Jorge Leslie, dijo Enrique cuya desconfianza crecia á medida que el otro hablaba, ¿porqué os habeis colocado al lado de Rosen para ir contra mí?  
 — Porque espero mucho de vos, respondió Leslie sin titubear.  
 — ¡Oh! dijo el vizconde; ¡si yo estuviese seguro de esto!  
 — Os lo probaré, querido caballero, á espensas de vuestro bolsillo.  
 Hasta este instante, Enrique no creyó seriamente en el cinismo de este hombre, y el plan de la comedia representada por Jorge se desenvolvió de repente ante sus ojos de una manera completa. ¿En dónde estaba el error? ¿en su repentina credulidad ó en su reciente desconfianza?  
 M. de Villiers, en una de esas rápidas concepciones que vienen al socorro de la imaginación en las horas supremas, se dijo:  
 — Este hombre ha conocido á Rosen en América y ha sabido por una casualidad mis aventuras de Sierra Nevada y de Baltimore. Este hombre se ha dicho: Voy á enriquecerme de una vez en este asunto de vida ó muerte... Rosen se embarcó y le ha seguido. Rosen le ha puesto en contacto con ese viejo caballero errante de O'Brien... Cuando este hombre entró ayer en el salon de la marquesa, no me conocia realmente... y ahora comprendo porqué el general, con sus apariencias de duda, me llevó á contar mi epopeya californiana... He caído de lleno en el lazo.  
 El vizconde se dió un fuerte golpe en la frente, y su pensamiento se reveló á Jorge en estas palabras que pronunció en alta voz:  
 (Se continuará.)

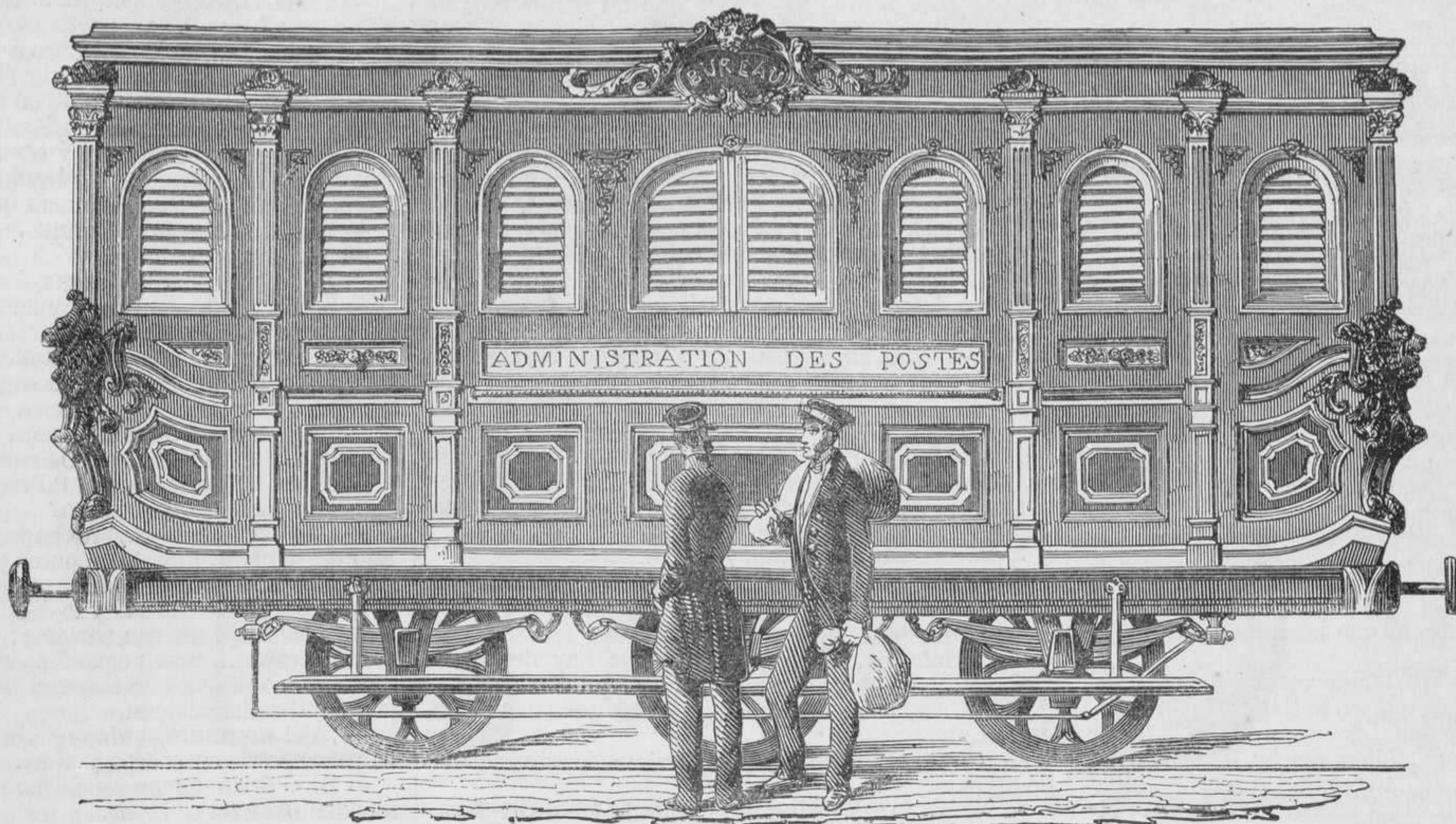
**Servicio de correos en los ferro-carriles.**  
 OFICINAS AMBULANTES.  
 Las oficinas de correos ambulantes son una de las invenciones mas útiles del siglo XIX. Establecidas primera-

mente en Inglaterra y en Bélgica, fueron importadas en Francia con los ferro-carriles, de los que eran una consecuencia natural. Hé aquí una descripción de este interesante servicio.

La idea que ha presidido á su fundación ha sido la de hacer la distribución de las cartas más fácil, pronta y segura. Efectivamente, se hace durante el trayecto de los despachos que trasportan los ferro-carriles, y como en ella se emplean pocos y buenos agentes, las probabilidades de sustracción se disminuyen mucho. En fin, como los empleados tienen tiempo de sobra, se pueden evitar los multiplicados errores en que incurrian en otro tiempo, por lo mucho que tenían que hacer en un tiempo muy limitado.

Nos proponemos principalmente en este artículo el dar á conocer al lector la disposición exterior é interior de uno de los wagones especiales destinados á este servicio.

*Disposiciones exteriores.* — No nos extenderemos mucho en esta descripción, puesto que damos un dibujo que es de una exactitud perfecta. El cuerpo del wagon está pintado de laca oscura carminada, realzada con filetes rojos que señalan ligeramente las portezuelas de la parte interior. A cada lado en la parte superior hay dos ventanas verdaderas que separan otras ventanas simuladas para la simetría del aspecto. Estas últimas así como las primeras, están guarnecidas con una estrecha varilla de cobre brillante que dibuja una graciosa curva. El



SERVICIO DE CORREOS EN LOS FERRO-CARRILES. — VISTA EXTERIOR DE LA OFICINA AMBULANTE.

medio de las ventanas simuladas figura una celosía. Los adornos salientes de los ángulos del coche son de fundición de hierro, de una sencillez severa y de una solidez extraordinaria.

Como nuestro dibujo no puede representar el pabellón ó parte superior del wagon-posta, añadiremos para la completa inteligencia de la disposición del local, que este pabellón tiene cinco ventanas á la italiana guarnecidas de cristales cuajados y de cortinillas. Por medio de estas cinco aberturas superiores y de las cuatro ventanas, el wagon-posta está perfectamente ventilado y recibe la luz suficiente cuando la disposición del servicio obliga á hacer durante el día todo ó parte del viaje.

Así como se ha previsto todo con respecto á las diferen-

rante ocho horas un calor fuerte sin que haya que añadir combustible, se encuentra colocado con ese fin bajo el truco que sostiene la oficina ambulante. La mayor parte de los trucos afectados á las oficinas ambulantes, están montados sobre seis ruedas en vez de cuatro que tienen los wagones ordinarios. Se ha observado que el empleo de seis ruedas hace que sea menos sensible el movimiento. Mediante ciertas precauciones en la disposición de los resortes, se ha conseguido que no se experimente durante la más rápida locomoción más que un ligero balanceo casi insensible. Aun en los sacudimientos más fuertes se puede escribir con toda la prontitud y la facilidad que reclaman las necesidades del servicio de correos. Hemos tenido á la vista papeles escritos por los

tes horas en que puede viajar la oficina ambulante, todo se ha previsto también relativamente á las estaciones del año. De día como de noche, que el tiempo sea malo ó bueno, ningún obstáculo debe terciar para entorpecer la marcha. La carrera se arregla sin embargo, según las necesidades, por medio de una campana colocada sobre el pabellón, y que ponen en movimiento con un resorte cuya extremidad desemboca en el interior de la oficina. Ya hemos dicho que este interior puede ventilarse como se quiera; ahora añadiremos que se calienta igualmente en el invierno. Un calorífero en forma de campana vuelta y que puede suministrar du-



INTERIOR DE LA OFICINA AMBULANTE.

empleados durante una marcha de doce leguas por hora; hé aquí cómo se gobiernan para obtener tan buenos resultados. — Escriben de pié con los codos juntos al cuerpo, y en la mano izquierda la tablilla que sostiene el papel y sobre la cual se apoya la mano derecha, de modo que el papel, las dos manos y el cuerpo obedecen á la vez al mismo movimiento.

El cuidado que ha presidido á las disposiciones exteriores le vamos á encontrar en las disposiciones interiores. Nada se ve aquí que no tenga su utilidad, su objeto siempre favorable al servicio.

El largo total del wagon-posta varía de cinco metros y medio á siete metros, y está dividido en su interior en dos partes desiguales. La oficina propiamente dicha ocupa los dos tercios; el espacio restante se halla consagrado también al servicio. Estas dos partes pueden separarse por una portezuela que se corre ó se descorre segun se quiere. Se ha adoptado este sistema á fin de que durante el invierno, mientras se cambian los despachos en las estaciones, bajando la portezuela se pueda conservar el calor en la parte principal de la oficina. Por consiguiente, casi siempre la portezuela está levantada.

A la mitad de la altura reina en torno de la oficina una serie de armarios, con estantes, cofres y cajones. En esos cajoncillos guarnecidos con rótulos donde están escritos los nombres de los diferentes pueblos, se colocan sucesivamente los paquetes de cartas segun su destino. En los cofres y en los armarios se colocan las maletas de cuero de todas dimensiones, en las cuales se manda la correspondencia. En los cajones bajos están los diferentes objetos que sirven para la explotación del servicio, como tinteros, papeles, impresos, sellos, timbres, bugías, lacre, bramante, etc., etc. Los registros tienen un lugar apartado. En un armario consagrado especialmente á este uso, están los efectos personales de los empleados. En otros dos armarios grandes se ponen los documentos de contabilidad que acompañan en crecido número á los despachos que reciben cada dia las oficinas ambulantes. Entre estos dos armarios hay un espacio libre, en medio del cual se eleva y viene á abrirse el tubo conductor del calorífero. Todas las precauciones que aconseja la prudencia están tomadas, de modo que no es de temer ningun accidente.

En el mismo lado que el calorífero y tocando casi al techo abovedado por encima de los cajoncillos, reina un pequeño cartucho de madera esculpida, en medio del cual está el cronómetro. Como hemos dicho ya, todo está previsto, y el cronómetro desempeña en el servicio un papel demasiado esencial para que no le colocaran en evidencia. Gracias á este instrumento, el empleado de las oficinas ambulantes, sin necesidad de mirar fuera conoce con exactitud la distancia que le separa aun de la estación hácia la cual se dirigen, y el tiempo de que puede disponer.

Pero ¿y de noche, cómo se puede ver? preguntará el lector impaciente.

Nada más sencillo: por medio de muchas lámparas Carcel colocadas en los ángulos de la oficina ó fijas en el techo, y que están dispuestas para suministrar, á pesar del movimiento y de la rapidez de la carrera, una luz suficiente tan igual y tan suave como si estuviese parado el wagon-posta.

Mas prosigamos nuestra descripción interior. Hemos dicho que una estantería guarnecía todo el interior de la oficina; y ahora debemos advertir que se interrumpe ante las dos ventanas laterales que dan al interior de la oficina. A cada lado de estas ventanas y al alcance de la mano están los timbres destinados á marcar el tránsito de las cartas por la oficina ambulante. Delante de una de las ventanas hay un bastidor de madera relleno de pelote, sobre el cual se timbran las cartas sin que puedan

estropearse. Las cajas que contienen las tintas encarnada y negra son de bronce. Las cajas del bramante en forma de urna son del mismo metal. Todo es sólido y todo está hecho para resistir al tiempo y á los choques imprevistos. Por esto también los asientos, aunque cómodos, son muy pesados, excepto uno de ellos que tiene una forma curiosa. Figúrese el lector una silla puesta sobre un trípode, y sobre la cual se monta un empleado como si fuese un caballo, en cuya posición puede trabajar casi de pié, y sin embargo, sin que las piernas

llave y con picaporte. Durante la marcha no se echa la llave; pero temiendo que no baste el picaporte, se atraviesa una barra. El cambio de los despachos en las estaciones intermedias se suele hacer sin que los convoyes se detengan completamente; en este caso, la barra sirve de punto de apoyo al mozo de la oficina que desde el interior da y recibe así las maletas mas pesadas sin peligro de que su carga le arrastre.

Ahora que conocemos el interior de la oficina ambulante y la mayor parte de los objetos que sirven para la ejecución del servicio, nos será más fácil comprender cómo los empleados ejecutan los trabajos de manipulación. Estos trabajos son de dos clases: la recepción y expedición de los despachos tanto á la ida como á la vuelta.

Las correspondencias de toda especie, recogidas en el camino ó en los puntos de partida, llegan en confusión á la oficina ambulante, y deben salir pocos instantes despues clasificadas, contadas y repartidas entre una porción de puntos diferentes y en todas las direcciones imaginables. Por medio de este trabajo que constituye la excelencia del servicio, las cartas que en otro tiempo permanecían diez, quince y veinte horas en las oficinas de paso situadas á pocas leguas de los puntos de destino, pueden ser puestas en distribución así que llegan. La velocidad se encuentra de este modo mas que centuplicada.

Para encerrar los despachos se emplean maletas de cuero cuya abertura se cierra con un collar de cobre, especie de candado de doble placa, de las cuales una tiene el nombre de la oficina ambulante, y la otra el de la oficina adonde va la maleta. Se cierra fácilmente por la presión de un resorte interior. Damos el dibujo de una maleta cerrada y el de un collar; no hay necesidad de añadir que las maletas son de distintos tamaños. También ponemos una cartera destinada especialmente á las cartas cargadas y certificadas, y á los objetos preciosos que se mandan por correos con la declaración aproximada de su valor. Esta cartera, una vez llena, se lacra y encima se pone el sello de la oficina ambulante. Esta maleta es objeto de cuidados especiales; solo el jefe de la oficina ambulante la abre y la cierra.

Otro de nuestros dibujos representa á los empleados en el momento en que los despachos recibidos en la última estación acaban de ser clasificados; los empleados preparan la correspondencia que se debe dejar en la estación próxima. Es el momento en que el servicio reclama la mayor actividad; parece imposible que se trabaje tanto, tan de prisa y con tanto orden en tan poco tiempo.

No se limitan á dejar en cada estación la maleta destinada á la localidad en donde se detienen, sino que entregan también otras maletas que deben enviarse por medio de correos especiales á los pueblos mas ó menos próximos.

En su regreso á Paris las oficinas ambulantes presentan una ventaja importantísima; durante el tránsito se separan las cartas por barrios, de modo que á la llegada á Paris pueden ser distribuidas inmediatamente, gracias al servicio de los omnibus establecido por la administración para el rápido transporte de los carteros.

X.

LA PLAYA DE

la dama maldita.

LEYENDA ALEMANA.

I.

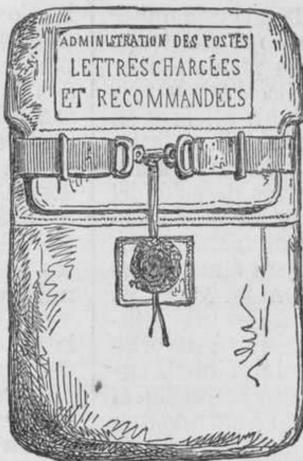
Sobre la costa setentrional del Zuiderse á lo largo de una desierta playa, se ven salir del seno de las aguas unas matas de crecidas yerbas, cuyos helados tallos agitados por los vientos del mar, dejan oír extraños ruidos. Allí se al-



MALETA DE LOS DESPACHOS.



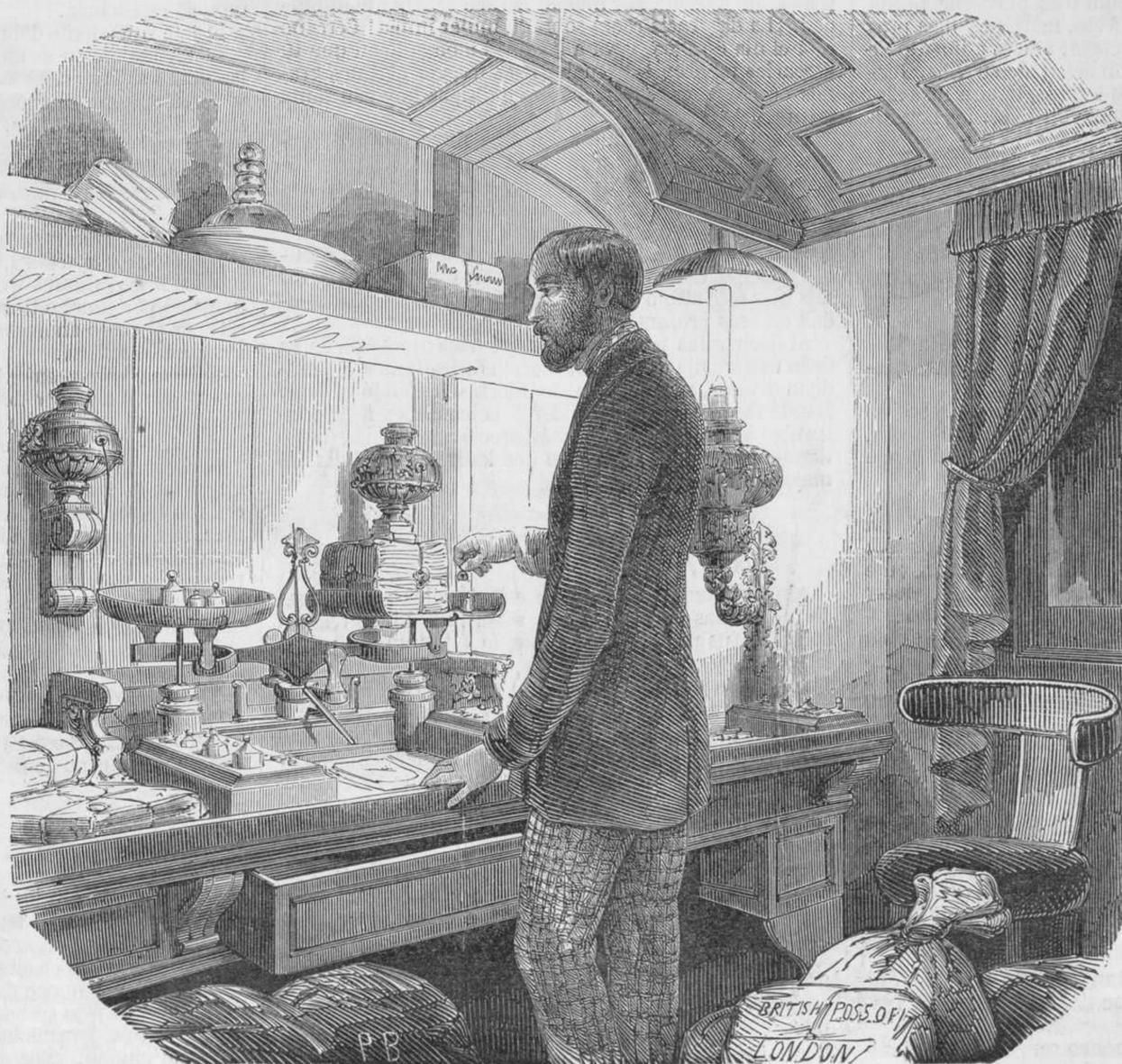
COLLAR PARA CERRAR LAS MALETAS.



CARTERA PARA LOS DESPACHOS CERTIFICADOS Y CARGADOS.

toquen al suelo, por consiguiente sin cansarse. El compartimiento interior de los wagones-posta destinados al servicio del interior de la Francia, no está dispuesto del mismo modo que el que sirve para la correspondencia extranjera. Para el servicio ordinario el compartimiento anterior contiene armarios y cajoncillos como los que hemos descrito ya; mas para el servicio extranjero la distribución debe ser distinta. Una larga mesa sin cajoncillos reina en toda la anchura del compartimiento, y en esta mesa hay pesos de toda clase que sirven para pesar la correspondencia que llega de los países extranjeros. Esta correspondencia se recibe á bulfo al peso y á razón de tanto los treinta gramos. Despues de haber pesado los paquetes enteros, se toman las cartas una por una para someterlas al derecho, y se verifica el peso en detalle. Los pesos son de tal precisión, sobre todo los del último modelo, que el movimiento de la marcha no los altera.

Las puertas de la oficina ambulante se cierran con



EMPLEADO PESANDO LA CORRESPONDENCIA.

zaban en otro tiempo las torres y los palacios de la ciudad de Stabora, sepultada hoy bajo las olas del mar. La opulencia había corrompido el corazón de los habitantes de aquella floreciente ciudad, que se creían llamados á ser los señores del mundo. Cuando se llenó la medida de su maldad, la Justicia divina, con la que no habían contado, vino de repente á disipar sus sueños. Los pescadores y barqueros de la playa se transmiten así de edad en edad la historia de este funebre acontecimiento.

Entre los mas opulentos habitantes de la ciudad había una dama de alto rango, cuyo nombre hace tiempo se ha borrado de la memoria de los hombres, siendo solo conocida con el de la *Dama maldita*. Poseía esta mujer ella sola mas palacios que hubiera deseado el mas magnífico monarca, y todavía no bastaban para encerrar sus inmensos tesoros. Desde Oriente á Occidente surcaban sus bajeles los mares, y sus marinos, célebres en todas las playas por su habilidad é intrépida audacia, traían incesantemente á los pies de su soberana los homenajes de los príncipes extranjeros y los despojos del mundo. El tedio se había apoderado de su corazón á vista de tantas riquezas y se hallaba en una triste melancolía, porque nada bastaba á satisfacer su alma entregada al orgullo y á objetos que no son nada. Agobiaba entonces á los dependientes de su casa con las mas injuriosas reconvenções. Maltrataba duramente á sus criados llamándoles esclavos rebeldes, y si algun infeliz cubierto de harapos se llegaba á implorar su compasión, el espectáculo de aquella miseria, que tanto contraste formaba con su opulencia, la enajenaba de furor y vomitaba mil imprecaciones contra el cielo.

Un día que el corazón de la dama se hallaba mas devorado por el fastidio que de costumbre, hizo llamar á su palacio al capitán de sus buques, y le habló así:

— Mi alma se entristece al ver la vanidad de lo que los hombres llaman riqueza y grandeza; lo que en otro tiempo me seducía, ya no puede fijar mis ojos, y los bienes mas deliciosos no tienen ya ningun encanto para mí. Por eso quiero que inmediatamente te hagas á la vela en el mayor de mis buques y vayas á buscarme lo que haya de mas precioso y mas bello en el mundo entero.

Turbado quedó con este discurso el marino, porque era un hombre sensato, y si bien obedecía con prontitud, quería tambien recibir terminantes instrucciones. Rogó pues á la noble dama le mostrase con mas claridad sus deseos.

— Si no, añadió, me expongo á estar en continua zozobra temiendo no saber elegir lo que me pedís, tomando una cosa por otra.

A estas palabras se encolerizó fuertemente la dama, y despues de haber maldecido la ignorancia de los hombres, intimó duramente al capitán que saliese de su presencia y se preparase al punto á hacerse á la vela.

Habiendo salido del palacio, el capitán aparejó sin tardar, pero sin saber á qué lado dirigir su rumbo ni cómo ejecutar la extraña orden que había recibido. De repente se dijo á sí mismo:

— Cargaré mi buque del trigo mas puro que pueda encontrar, y se lo traeré. En efecto, nada hay mas precioso que este don de la Providencia, que es alimento de todos los hombres y aun la condicion de su vida. Disgustada la noble señora con sus tesoros, tendrá mas alegría al ver este útil producto que con todas las magnificencias del Oriente.

Fijado ya su proyecto, cobró un poco de ánimo el capitán, y mandó á sus gentes singular hácia el mar del Este, anunciándoles que quería desembarcar en Dantzic.

Llegados á este puerto, hizo publicar por todas partes á son de trompeta que el que tuviese los trigos mas raros, no solo podría venderlos á alto precio á bordo, sino que recibiría además ricos presentes. Pronto corrió la noticia por el país, y aun en las provincias inmediatas, y en pocos dias le trajeron tal cantidad de aquellos trigos, que pudo cargar su navio con el mas hermoso grano que jamás se había visto.

Hecho esto, levó el ancla y volvió á tomar el camino de su patria, celebrando el feliz éxito de su empresa, aunque inquieto siempre sobre la acogida que tendría á su vuelta.

Entre tanto la rica señora no podia triunfar del tedio que la consumía. Un día que se hallaba asomada á una de las ventanas de su palacio y en que vagaban sus ojos sobre la inmensidad del mar, descubrió en el horizonte la vela de un navio de alto porte. No tardó en reconocer el buque del capitán, y como creía que este había marchado para una larga travesía, se irritó mucho con su pronta vuelta, y despachó al muelle á uno de sus criados para que hiciese se le presentase el capitán inmediatamente que hubiese desembarcado.

El leal capitán se apresuró á ir á palacio en cuanto recibió el mensaje.

Al presentarse delante de la dama, esta le dijo:

— Explicadme, señor mio, cómo estais en este sitio, cuando os creía yo en Golconda ocupado en recoger para mí el brillante marfil ó las perlas finas, ó cualquiera otra magnificencia de las comarcas del sol. ¿Habreis hecho en una tierra mas cercana algun maravilloso descubrimiento que os dispense de un viaje mas largo? Decidme cuál es ese tesoro que tanta impaciencia teneis por hacerme gozar.

Vacilante y turbado el capitán con este discurso, que le hacia comprender cuánto se había equivocado, respondió:

— Muy poderosa señora, vuestro servidor no ha creído indigno de vuestra gloria el traer os un cargamento del trigo mas raro que jamás ha producido la tierra.

— ¡Qué oigo! interrumpió bruscamente la dama, ¿así os burlais de mí? Mis palacios están contruidos de mármol y de pórfido; piso el oro como un vil polvo, ¡y así os venis ofreciéndome á mi ese ridículo homenaje!

— Perdon, noble señora, replicó el capitán, no es una cosa tan despreciable el pan cotidiano.

— ¡Cállate! gritó la dama con cólera, y para que sepas qué valor tiene para mí tu pretendida riqueza, quiero que inmediatamente vayas á arrojarle en el fondo del mar. Yo misma voy á ir al puerto; ¡cuidado como se cumplen mis órdenes!

Salió el capitán de palacio, pero sin poder resolverse á ejecutar el orden en que veía el mas culpable desprecio de los dones de Dios. Obedeciendo á una inspiración de su corazón, hizo llamar apresuradamente al punto del puerto donde se hallaba estacionado el navio á cuantos indigentes y desgraciados había en la ciudad, con la esperanza de que aquel triste espectáculo movería á compasión á la señora y la haría cambiar de propósito. En el momento en que los últimos de aquellos desgraciados llegaban á la playa, se vió llegar á la señora, altivamente sentada en una carroza tirada por cuatro caballos de una brillante blancura, y en cuyos jaeces resplandecian el oro y la pedrería. Al aspecto de la multitud que cubria el puerto:

— ¡Qué me quiere, gritó, esa insolente plebe, y quién la ha enseñado á que me siga y me importune por todas partes? ¡Atrás! Voy á ver cómo se me obedece.

Entonces toda aquella fámélica muchedumbre se arrojó de rodillas á los dos lados de su carroza: algunos cogian los flotantes pliegues de su vestido de púrpura, que regaban sus lágrimas; otros, en el exceso de su desesperación, llegaban hasta precipitarse á los pies de los caballos que abrazaban con ayes lamentables. Veíanse allí ancianos agobiados por la edad y las enfermedades, pobres mujeres que solo tenían unos harapos para cubrirse, dando el pecho á sus hijos extenuados de necesidad. Aquellos ancianos, aquellas mujeres levantaban á la vez sus manos suplicantes hácia la opulenta dama, conjurándola en nombre del cielo á que se compadeciese de su miseria y les hiciese distribuir aquella abundante provision de trigo, que les impediría morir de hambre, en lugar de permitir que fuese inútilmente tragada por las olas del mar. La dama, separando de ellos la vista con desprecio, se dirigió á las gentes de su navio.

— ¡Al mar! ¡todo el cargamento al mar! ¡y perezca primero mi gloria antes que se commuevan mis entrañas por estos miserables!

Al oír estas palabras las gentes de la tripulación, se prepararon á obedecer, y comenzó á inclinarse poco á poco el navio sobre el abismo. Un espantoso silencio reinaba en la muchedumbre; empero cuando se vió correr á torrentes aquella dorada mies y caer con gran ruido en las aguas, se alzó de todas partes un grito de desesperación, y agitáronse millares de brazos como para llamar los rayos de la divina venganza sobre aquel horrible atentado. No pudiendo contener su indignación el capitán, dejó escapar estas amenazadoras palabras:

— Si es cierto que el cielo castiga la insolencia de los malos, no tolerará por mucho tiempo semejante iniquidad. ¡La desgracia caerá sobre ti, mujer impia! Cercano está el día de Dios, y va á llegar el momento en que tú desearias para aplacar tu hambre recoger algunos granos de esa preciosa semilla que disipas hoy con tanta locura.

Todo el pueblo aplaudió estas palabras con una terrible aclamación que atronó toda la playa. Ciega de cólera, levantóse la maldita de su asiento, y en pie con los ojos brotando fuego y arrojando espuma por la boca:

— ¡Qué! gritó con risa; ¡podré yo llegar á parecerme á uno de esos mendigos que me causan horror! Escucha, pueblo, esa suerte será la mia cuando vuelvan á ver mis ojos este anillo que va á desaparecer por la eternidad en esas profundas olas.

Al decir estas palabras, arrancó violentamente de su dedo una sortija de oro guarnecida de brillantes de grandísimo valor, y con todas sus fuerzas la arrojó al mar. Mandó despues á sus servidores la condujesen prontamente á su palacio, y desapareció perseguida largo tiempo por la muchedumbre que lanzaba sobre ella sus maldiciones.

## II.

Algunos meses despues de este terrible suceso, una de las criadas de la opulenta señora fué al mercado á comprar sus provisiones. Vió en la plaza un magnífico lenguado, y como este pescado era uno de los manjares favoritos de su ama, lo compró con intencion de prepararle un regalado plato. En cuanto volvió á palacio se apresuró á componer el pescado, empero al abrirle para limpiarle, vió con la mayor sorpresa brillar en medio de sus entrañas un anillo de oro guarnecido de rica pedrería. Contempló algun tiempo con curiosidad aquella maravilla, y corriendo despues á ver á su ama, la dijo enseñándole la sortija:

— El cielo me es testigo de que no he robado esta joya, y que acabo de encontrarla en este instante en el vientre de un lenguado que queria servir en la comida.

Al oír estas palabras llenóse de gran turbación la dama: empero despues que examinó el anillo y reconoció en él el que algunos meses despues había arrojado al mar, cubrióse su rostro de una mortal palidez, y un temblor general se apoderó de todos sus miembros. Se acordaba de la amenaza del capitán y de lo que ella misma había dicho, y los remordimientos y el terror, pe-

netrando á la vez en su alma, la hicieron conocer que acababa de sonar para ella la hora del castigo divino.

## III.

En aquel mismo instante entró en el salon un mensajero cubierto de polvo. Apenas podia andar, tan agobiado estaba de fatiga: el temor y el abatimiento se leían en sus facciones. Habló así con las miradas clavadas en el suelo:

— Ha sucedido un gran desastre. La escuadra que habiais enviado á Oriente y que volvía cargada con los tesoros de la India y de la Persia, ha sido asaltada por una violenta tempestad á vista de las costas de Africa. Veinte dias y veinte noches se ha visto suspendida entre el cielo y los abismos la vida de vuestros marineros y la fortuna que habían juntado, hasta que el último choque de la tormenta ha destruido todos los buques. La escuadra que hacia la admiración de los pueblos marítimos, se ha sumergido. Ya no existe esa reina del mar. Con ella han perecido todas las riquezas de que tan orgullosa estaba, las maderas preciosas, el oro, las perlas de Taprobana y de Ofir. Solo yo, arrojado sobre la playa con un madero de mi navio, al que me había asido sin esperanza, he podido salvarme de la comun ruina. Un capitán de un buque genovés me ha recogido por compasión, y despues de haber escapado á mil peligros, he podido llegar aquí para daros la noticia de este terrible naufragio.

Aun no había acabado de hablar el marinero, cuando se vió aparecer á la entrada del salon una figura pálida como la de un fantasma. Anchas manchas de sangre negra y seca se veían en sus vestidos rotos y en desorden. Sus megillas á cada lado veíanse surcadas de profundas cicatrices.

— ¡Desgracia! ¡Desgracia inmensa! exclamó el recién llegado con desesperado acento; los doce buques de transporte que traíamos de Africa, que lleaban en especias y otras mercancías una fortuna inmensa, han sido atacados por los moros. Larga y encarnizada ha sido la lucha. La cimitarra y la espada han hecho alarde de prontitud y furor. La sangre ha corrido á arroyos sobre el puente de los bajeles. Por último, los infieles han vencido por su número. Los buques han sido apresados y saqueados por aquellos piratas. La mayor parte de los marineros han perecido en la refriega, los demás han quedado esclavos. Yo he podido huir á favor de la oscuridad de la noche, y despues de haber andado errante por sitios salvajes, he encontrado un refugio en un buque mercante que se había visto obligado á arribar á la costa. Maldita sea la suerte que me condena á vivir despues de haber sido testigo de tamaña catástrofe.

En el momento en que así concluía de hablar el herido, anunciaron la llegada del jefe del palacio. Al ver la dama cuando entró su aire consternado:

— Habla pronto, le dijo con alterada voz, porque la energía de un alma viril es como un cable demasiado tirante, que se rompe á la larga porque ya no tiene mas resistencia.

El jefe intendente del palacio habló en estos términos:

— La maldición se nos ha entrado á la vez por todas las puertas. Tres ricos comerciantes, los mas poderosos y acreditados de Stabora, acaban de sucumbir en una irremediable bancarota. La mitad de vuestra fortuna que se hallaba comprometida en su tráfico y se había multiplicado con su opulencia, perezce de un solo golpe en su ruina. Muy duro me es el ser mensajero de tan triste noticia.

Dijo estas palabras, saludó profundamente y se marchó. Entonces la señora, con un gesto despidió tambien á todos los servidores que se hallaban en el salon. Permaneció por mucho tiempo sola sumergida en un triste estupor y como anonadada bajo el brazo vengador que acababa de herirla.

Así tuvo cumplimiento la predicción del capitán de sus navios. La mujer de implacable corazón había visto hundirse en un solo día el brillante edificio de su prosperidad. Desde aquel momento pareció que todos los reveses se acumulaban sobre su cabeza, y muy pronto quedó en la mayor miseria y desnudez. La que en su orgullo había soñado hacerse tributar los honores supremos, la que agobiaba á los desgraciados con el peso de su insolencia, se vió reducida á su vez á todos los horrores de la pobreza y condenada al tormento del hambre. Errante de puerta en puerta para mendigar el pan de la indigencia, no encontró la compasión que se concede al último de los miserables, porque los que antes habían sido sus víctimas se vengaban ahora con desprecio de sus violencias. Perseguida por un gran número de gentes, abandonada de todos, arrastró una vida miserable consumiéndose en una sombría melancolía y muriendo por último de desesperación.

## IV.

No aprovecharon los habitantes de Stabora el castigo ejemplar que habían tenido á la vista, y sus iniquidades crecieron de año en año. Por eso no tardaron ellos mismos en sentir los efectos de la cólera del cielo.

Durante una noche de tempestad se dejó oír de repente un ruido sordo como si se desencadenasen las olas. El mar se había levantado de su lecho y corria bramando hácia la ciudad. ¡Mas de las tres cuartas partes de sus habitantes perecieron en la inundación!...

Desde entonces aquella triste ciudad no ha vuelto á ser

ni la sombra de sí misma. Jamás ha podido recobrar su antiguo esplendor.

En el sitio donde se había arrojado al mar el cargamento de trigo, se ve crecer todos los años una planta desconocida que no se encuentra en ninguna parte mas que allí. Su tallo es delgado y alto y produce una espiga parecida á la espiga del trigo, pero que no da grano alguno.

El banco de arena donde reverdece esta yerba estéril se extiende á lo largo de la costa de Stabora, y todavía se llama hoy la playa de la *Dama maldita*.

### Alfilerazos.

Ello es preciso escribir  
Salgan tuertas ó derechas,  
Odas, canciones, endechas;  
Yo quiero hacerme aplaudir.

Se escribe de varios modos:  
Por no saber, ¿quién se apura?  
¡La bella literatura  
Deben cultivarla todos!

Dejando el estudio á un lado  
Y sus afanes prolijos,  
De todo escriben los hijos  
De nuestro siglo ilustrado.

Y hasta hay mujer, no os asombre,  
Que abandona hilo y dedal  
Y compone un madrigal  
Lo mismo ó mejor que un hombre.

Hace bien, por vida mia,  
Pues no ha de marchar lo mismo  
Que en tiempos de oscurantismo  
En que ni leer sabia.

Ya no es la niña de antaño  
Que obediencia se casaba  
Y feliz se contemplaba  
Con dar un hijo por año.

No busqueis ya la casera  
Mujer que nada entendia,  
Y que tan solo escribia  
La cuenta á la lavandera;

Que vestia sin boato,  
Pero con modesto aliño;  
Que solo hablaba del niño,  
De sus labores, del gato;

De economía prudente,  
Del dolor que la aquejaba,  
Y tal cual vez murmuraba  
De la vecina de enfrente.

¡Oh siglo de bendición!  
Por tí las mujeres cantan  
Y los hombres se levantan  
Mas altos de lo que son.

Aquellos oscuros siglos  
Ya por fortuna pasaron,  
Y consigo se llevaron  
Las brujas y los vestiglos.

Hoy no hay necios ignorantes,  
Ni mujeres ignoradas;  
Todas somos ilustradas  
Como no lo fueron antes.

No un millon de hombres ó dos  
Estudiando hacen primores,  
Que todos son escritores  
Hoy, por la gracia de Dios.

Acaso por ciencia infusa  
Sin aprender escribimos,  
Y casi todos decimos  
Que nos inspira la musa;

Porque ora son tan coquetas  
Las nueve divas hermanas,  
Que ya parecen humanas  
Y caprichosas *grisetas*.

Prodigando sus favores  
Tanto su altivez quebrantan,  
Que mundo en que todos cantan  
Es mundo de trovadores.

Aunque poetas son pocos,  
Muchos hay que anhelan serlo,  
Y aumentan sin conocerlo  
El número de los locos.

El que no sepa cantar  
Triste como el ruiseñor,  
Cante alegre, que es mejor  
Hacer reir que llorar.

Al que ser vate le plugo  
Y romántico se crea,  
Cante romántico y sea  
Emulo de Victor Hugo.

Aprended de mí, que soy  
Todo, menos literato,  
Y sin embargo, algun rato  
Escribo, como veis hoy.

Quien no tenga inspiracion  
Procure buscarla luego,  
Y el que no escriba con fuego,  
Que escriba con... un carbon.

MARIA GARCÍA DE ESCALONA.

### Una leccion.

Cortando estaba un anciano  
Varias nacientes ortigas,  
Cuando preguntóle un niño  
Que acercádosele habia:  
— Decidme: ¿porqué cortais  
Tan lozanas florecillas?  
— Dejarlas, dijo el anciano,  
Cosa fácil me seria;  
Mas si quisiera arrancarlas  
Cuando estuviesen crecidas,  
Ellas, siempre traicioneras,  
Las manos me punzarian.  
— ¿Pues qué son? pregunta el niño.  
— Son el vicio esas ortigas,  
Y el vicio debe arrancarse  
Cuando se ve que principia.

JOSÉ C. BRUNA.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Ultimos placeres del carnaval. — Baile de trajes en casa del duque de Bassano. — Una contradanza de patinadores. — Otro baile de trajes en el hotel Errazu. — Gran baile oficial dado por la condesa Walewska. — Originalidad y elegancia de muchos trajes femeninos y masculinos. — De los tocados de baile. — Los corpiños y las diademas de flores. — Coleccion de tocados. — Descripción del figurin, que representa trajes de baile.

Estamos en cuaresma, lo que no quiere decir que haga penitencia la moda. Al contrario, se recibe mas y mas en los salones bajo pretexto de conciertos. Como el carnaval ha concluido, vamos á tratar de las últimas fiestas, y sobre todo de los últimos bailes de trajes.

Principiemos por el que tuvo lugar el día 9 en casa del duque de Bassano. Habia preciosos trajes. La contradanza de patinadores estirios, en la cual figuraban las señoritas Ghika y Bibesco, Hallay, Coetquen y Ros, abrió el baile, y despues de esta contradanza hicieron su entrada en trineo varias señoras resplandecientes de gasas y diamantes. Mme de Poujade era una de ellas, y parecia una de esas graciosas apariciones de que hablan las leyendas rusas.

La hija del mariscal Magnan llevaba un traje del tiempo de Luis XIII.

M. de Saint-Arnaud vestia de pescador napolitano.

En cuanto á rarezas, habia un salvaje tan perfectamente disfrazado, que debió declarar su nombre á la señora de la casa que habia comenzado á temer no hubiera entrado en su baile un mono del Jardin de plantas.

En la noche siguiente de esta fiesta habia otra por el estilo en casa del señor Errazu.

Jamás se ha visto tanta variedad de trajes en un baile de carnaval.

El príncipe Czartoryski era el único caballero que iba de frac.

La señorita de Errazu estaba de húngara; Mme Butterfield de pastora; la princesa Czartoryska de polaca; Mlle Borges de mariposa; la señorita Almonte de noche; Mlle Hausmann de ramillettera; Mme de Poujade de aldeana romana; la señorita Ros de fuego; Mme Assailly de noche; la señorita Herrera de suiza; la princesa de Metternich en traje del tiempo de Luis XV; miss Kittin, protestando contra la separacion americana, llevaba en su traje los colores nacionales y en él brillaban todas las estrellas de la Union.

A las dos se organizó la mazurka polaca que obtuvo un éxito prodigioso.

En la misma noche habia baile en casa de Mme Troplong donde muchas señoras entraron disfrazadas.

Pero el gran baile de toda la temporada ha sido el de la condesa Walewska. Las señoras mas elegantes habian pensado en él con mucha anticipacion, y habian puesto un cuidado especial en disponer sus galas.

La condesa Walewska hizo los honores de los nuevos salones del Louvre, que pertenecen al ministerio á cuyo frente se halla el conde Walewski, con una gracia inimitable. Habia tenido el buen gusto de elegir un traje de medios colores, á fin de hacer valer la elegancia de sus hermosas convidadas. Vestia de noche, pero era una noche velada, pues llevaba un vestido de tul de un azul sembrado de estrellas sobre una falda de raso blanco.

Su Alteza Imperial la princesa Matilde tenia un dominó blanco rayado de oro sobre un vestido de tul blanco con estrellas de oro.

La princesa de Metternich iba de gitana, encarnado, negro y oro. La falda era bastante corta, y dejaba ver unos zapaticos negros cubiertos con una redecilla de oro y tacones de oro.

La princesa Czartoryska estaba de maja con traje blanco, negro y oro, y zapato blanco guarnecido de negro y oro.

La princesa Trobeskoi estaba de abeja con botas de raso blanco con tacon de oro y lazo de terciopelo y oro.

La princesa de L\*\*\* vestia de violeta; su traje era de tul blanco, y estaba sembrado de ramitos de violetas con ruches de violetas que corrian por toda la falda.

La condesa de T... vestia de reina Margarita blanco y encarnado. Era en efecto una flor cubierta con un rocío de brillantes.

Madame de C\*\*\*, que obtuvo en el último invierno un gran triunfo con su traje de nieve, estaba disfrazada de india. Sus hermosos piés de alabastro, descalzos, digámoslo así, pues aparecian á través de una gasa diáfana, descansaban en unas sandalias de la India de tafete negro y encarnado con estrellas de oro. Su traje se componia de cachemiras y de telas indias plegadas á la antigua. En las piernas llevaba sargas de perlas finas.

La condesa de V... vestia de reina Cleopatra, con una magnificencia extraordinaria. Su calzado consistia en unas botas griegas de raso blanco guarnecidas de terciopelo punzó y de paño de oro, con adornos de camafeos antiguos de un valor muy grande.

La señorita de Errazu vestia de mejicana con una gracia encantadora, y la señorita de Ros de polaca.

Dícese que el emperador hizo una corta aparicion en este baile, cubierto con un dominó azul.

El conde Aguado iba de turco; M. Bresson de mosquetero; M. Giraud de chino azul, con su larga cola, dientes postizos y careta amarillenta; el marqués de Gallifet de diablo rojo y oro; M. B. Champy de cazador alemán del siglo XIV, traje que fué muy admirado, así como otros muchos á cuya enumeracion debo renunciar porque seria demasiado larga.

Ahora ya se puede decir que se acabaron los bailes de máscaras; pero como no se puede decir lo mismo de los de serio, voy á señalar aquí para los preudidos de baile algunos tocados tan nuevos como caprichosos.

Dos clases de tocados se llevan á los bailes: el tocado de flores y el de vestir, que se puede usar con todo género de traje.

Principiaré por las guirnaldas de flores.

Las niñas acostumbran llevar unos corpiños de flores que encierran el talle mas abajo del pecho, absolutamente iguales á los corpiños de oro que usan las siltides de la ópera; esto es muy bonito para toda jóven que tiene fino el talle. No hay para qué añadir que este adorno debe hacer juego con el tocado.

Verbigracia: Un corpiño de violetas y camelias con tocado de iguales flores; — otro de margaritas, otro de rosas, otro de lilas, etc., etc. No se puede imaginar nada mas precioso.

Se distingue siempre entre todos un tocado de jacintos blancos ó de reseda montado en forma de diadema y sin ningun follaje. Es como una lluvia de flores.

En cuanto á los tocados de vestir señalaré los siguientes:

— Una toca María Estuardo de terciopelo cereza bordada de oro con pluma blanca.

— Un tocado de la corte de Pekin prendido en la cabeza con largas agujas de oro.

— Un gorrito húngaro rayado de florecillas con pluma levantada blanca y negra.

— Un tocado postillon de Longjumeau con diadema de flores escogidas prendido con una cinta de color de rosa, que cae figurando un ramillete de flores.

— Un tocado trovador, del tiempo de Carlos VIII, compuesto de dos bandós de terciopelo malva con azucena de oro.

— Un tocado catalan de musgo nieve con orla de capullos de rosa y largo follaje de rosas á guisa de velo.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa igualmente trajes de baile, los últimos de la temporada.

El primer traje de color violeta de Parma se compone de un vestido de moaré antiguo adornado á los lados con ricos montantes de encaje de Chantilly. Cuerpo escotado con hereta Luis XIII de encaje de Chantilly que cae sobre el talle. Mangas cortas y huecas de moaré antiguo con guarnicion de encaje. Tocado de plumas malva con broches de diamantes. Collar de diamantes y brazaletes de diamantes y amatistas. Zapatos de raso blanco.

El segundo traje es de terciopelo negro. La falda sin ningun adorno está pegada á gruesos pliegues huecos y forma cola. El corpiño tiene tres pliegues de terciopelo y draperías de tul blanco, sostenidas con tres cordones de oro. Sobre los hombros cordones de oro. Tocado de plumas blancas y de margaritas de oro. En medio de la frente una margarita de oro ó una estrella de diamantes. Albornoz indio de cachemira purpurina bordada de oro.

El tercer traje es de tul blanco turquesa. La primera falda tiene diez y siete volantes pequeños sobre los cuales flota un largo velo de tul azul, recogido en un lado con un ramillete de espigas de oro y de narcisos blancos. Cuerpo con draperías y ramillete. Diadema romana de espigas de oro y de narcisos. Zapatos de raso blanco.

El último traje es de tul ilusion blanco. La primera falda lleva por abajo ondas de tul sostenidas de distancia en distancia con lazos de cinta rosa y de blonda. A la altura de estos lazos flota un manto de corte de tul recogido al rededor en forma de drapería con gruesos ramilletes de rosas y espigas de plata. Cuerpo escotado con pliegues de tul en drapería. Mangas muy cortas con ramillete de rosas sobre el hombro, y largo velo orlado de blonda que cae hasta media falda. Tocado de rosas y de espigas de plata en armonía con las flores del vestido.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.



## EL MES DE MARZO.

Ovidio dice en sus *Fastos*:

« Cuando el fundador de Roma quiso arreglar la division del tiempo, estableció que se contarian dos veces cinco meses en su año. Viéndolo estamos: Rómulo, mejor conocias la guerra que la astronomía; tu gran estudio era el de vencer á los pueblos vecinos.

» Sin embargo, hay razones que le persuadieron y su error no deja de tener varias excusas. Diez meses bastan para que el niño salga del seno de su madre; Rómulo pensó que este mismo período de tiempo debia ser la medida del año.

» Tambien durante diez meses la esposa despues de la muerte de su esposo, lleva la triste vestidura de la viudez en su morada solitaria.

» Esto sin duda llamó la atencion de Quirinus, cuando fijó para aquellos pueblos toscos la division del año.

» El primer mes fué consagrado á Marte y el segundo á Vénus; Rómulo descendia de Vénus, y Marte era su padre. La vejez dió su nombre al tercero, la juventud al cuarto; los demás fueron designados segun el orden que ocupaban. Numa no quiso dejar sin honores á Jano y á los manes de los abuelos, y aumentó con dos mas el número de los meses. »

No obstante, el calendario de Numa tuvo necesidad de ser corregido posteriormente, porque no se habia observado la diferencia del año lunar al año solar.

Julio César reformó el año irregular de Numa por las observaciones del astrónomo Sosigenes, á quien mandó llamar de Alejandria, y el calendario se arregló sobre las revoluciones solares. Añadió once dias y seis horas al año lunar de Numa; de modo que el año juliano se compuso de trescientos sesenta y cinco dias y seis horas; y como al cabo de cuatro años pasados estas seis horas formaban un dia, Julio César ordenó que á cada lustro el año seria de trescientos sesenta y seis dias. Se intercaló pues un dia en cada cuatro años que fué llamado *bisexto*, porque el dia intercalado se llamaba *bis-sextus*.

Este era el mes en que se pagaba á los amos y se principiaban los comicios; en que se hacia la adjudicacion de los arrendamientos y de las haciendas públicas; en este mes los jóvenes tomaban la toga libre, *toga libera*, seu *virilis*; las mujeres servian en la mesa á los esclavos y á los servidores, como hacian los hombres en las saturnales, y en fin, las vestales renovaban el fuego sagrado.

Hasta el tiempo de Anibal, en este mes los nuevos magistrados entraban en funciones.

El mes de marzo, aunque llevara el nombre del dios de la guerra, estaba bajo la proteccion particular de Minerva, y siempre tuvo treinta y un dias.

Los reglamentos de Rómulo, de Numa y de Julio César no han variado sobre este punto.

Solo despues del edicto de Carlos IX (1564) se contó en Francia el año desde el mes de enero. Anteriormente comenzaba en pascuas, de modo que el mismo año tenia dos veces el mes de marzo, y se decia marzo antes de Pascua y marzo despues de Pascua.

Los astrónomos le ponen tambien el primero, porque en esa época el sol entra en el signo de *Aries*, por el cual se empiezan á contar los signos del Zodiaco.

Los marinos llaman al flujo y reflujo de marzo el tiempo en que la mar se extiende mas lejos sobre las playas. Este tiempo llega dos veces en el año, en la humacion mas próxima á los equinoccios de marzo y de setiembre; pero la marea de marzo es mas grande que la de setiembre.

El autor del dibujo que damos en esta página, M. Walcher, ha trazado su composicion bajo el influjo de las ideas germánicas. Las baladas maternas resuenan todavia en sus oidos, y cediendo á su dulce recuerdo, su lápiz nos dibuja todas sus misteriosas alegorías.

Ese viajero que baja de la montaña sobre un terreno humedecido por la lluvia es sin duda el genio de los viajes. Su capa, que se lleva el viento, expone sus miembros medio desnudos al frio glacial de los torrentes celestes. Su pobre caballo cegado busca con desconfianza el punto sólido del camino que el agua esconde á su vista. Da lástima verlos. Sin embargo, el hombre apresura el paso del animal, pues los árboles despojados de sus hojas no pueden ofrecerle un abrigo, y la posada es el término de sus miserias. Pero ¿quién sabe si el rio que serpentea á lo lejos en la llanura no va á crecer haciendo impracticable el paso del vado! Apresúrate, viajero, pues el torrente aumenta y el agua chorrea de las montañas próximas.

La escena cambia, y asistimos al popular espectáculo del famoso GRIBOUILLE que se oculta en el agua por temor de la lluvia. Ved ese pobre hombre con sus medias rayadas y su cola levantada que abre su paraguas bajo las cataratas del Niágara. Las ranas se divierten y acuden á contemplarle con sorpresa en tanto que el pato silvestre abandona su morada.

El carnero en un extremo del cuadro posee la gravedad y la indolencia que sienta tambien á un rey en medio de su omnipotencia. Poco le importan los esfuerzos de la naturaleza que salen de su letargo para dar nueva verdura á los campos y poblar las selvas. — En suma, el dibujo es todo un poema que entregamos á la imaginacion de nuestros lectores.